El Cuento Semanal

Allende la verdad

Novela de la CONDESA DE PARDO BAZÁN

Ilustraciones de PEDRERO

30 Cénts.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: San Mateo 1
Teléfono 1.951
Apartado de Correos núm. 409
Madrid

AÑO II - 23 de Octubre 1908 - N.º 95

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pesetas.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12.
Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.
Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

El libro de la mujer. Eva Reina. — Consejos y norma de la vida femenina contemporánea, por la Marquesa María Plattis Majocchi *(Jolanda)*. Traducción de Vicente Araluce: dos volúmenes. — Ramón de S. N. Araluce, editor. Barcelona.

Precede á esta nueva obra de la célebre escritora italiana un hermoso estudio crítico y biográfico de Carmen de Burgos Seguí *(Colombine)*, que nos pone al corriente de la vasta obra de cultura y de bondad que ha dado á *Jolanda* prestigio mundial.

«La más femenina de sus obras — habla *Colombine* — es sin duda *Eva Reina*, «El libro de la mujer», en el cual *Jolanda* ha querido compenetrarse con ellas, desnudar su propia alma para que puedan conocerse á sí mismas, analizar sus sentimientos, iluminar su vida con los destellos de la razón para lograr hacerlas mejores y más felices.»

Y más adelante:

«Cuando una escritora que mostró su valer y salió vencedora en miles de empresas artísticas escribe un libro de estos, su corazón está poseído de intensa piedad. Es una obra buena, una obra moralizadora divulgar la higiene, la instrucción en forma amena, llevando un rayo de luz á los pobres cerebros obscurecidos.

»Libros de mujer para las mujeres, llenos de dulce perfume de feminilidad, están llamados á representar un gran papel en la educación ética de los pueblos; y todas esas banalidades aparentes, que parecen despreciar los genios y que aceptan ó acometen por propio impulso las luchadoras modestas y buenas, cumplen una alta misión social; que si no sacian la vanidad ni los anhelos de belleza del artista, dejan la satisfacción profunda del deber cumplido.»

El Cuento Semanal

se halla de venta en París en la Librairie Française et Étrangère, M. Gautier, directeur. 37 rue Saint-Augustin.

FÁBRICA DE CORBATAS
CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

Mermeladas TREVIJANO

AGUAS DE CESTONA
HEPATICOS
De venta: Plaza del Angel 18, y farmacias y droguerías
Precio: 1,25 pesetas.

IMPOTENCIA DE AMBOS :: SEXOS ::
Radicalmente curada á toda edad por las
PÍLDORAS OURANIA Nuevo descubrimiento. - Inmenso éxito.
Tratamiento enérgico y sin peligro.-Curación garantida con un solo frasco
Envío discreto. Precio del frasco, 10 fr. Loudenot, Farmacéutico. 148, Av. du Roule, Paris-Neuilly. - Frasco con instrucciones por correo, ptas. 12; Depósito en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal 2; en Barcelona, Viuda de Salvador Alsina, 4, Pasaje del Crédito.

ÚLTIMOS DÍAS
de liquidación de la Zapatería de A. SÁEZ, por cesión á su hijo. - Calzados de lujo y gran resultado. - Precios increíbles. - Aprovechen la ocasión; son pocos días.
23 dupl.º CABALLERO DE GRACIA, 23 dupl.º
Frente al Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

LA HABANERA Nadie debe comprar joyas sin ver antes precios en esta casa :-: :-: 31 MONTERA 31 :-: :-:

Ver precios JOYERÍA DE A. COSMEN Calle de Fuencarral, núm. 4.

SOMBREROS ingleses, las mejores marcas, de 6 á 15 pesetas. - Primera casa en gorras y novedades para niños :-: CAÑAS :-: Calle de Preciados, núm. 18.

LA JOYITA :-: REFORMA ALHAJAS :-: Príncipe, núm. 4 - JOYERÍA

GANARÁN
cinco pesetas diarias todas las personas de ambos sexos que quieran trabajar en su casa por cuenta nuestra ó cuenta propia en artículo fácil, bonito y al alcance de todas las inteligencias. Se enviará á quien lo solicite elegante muestrario é instrucciones gratis. Franquear respuesta á Sociedad Hispano-Americana.
CALLE DE LAURIA, NÚM. 87 :: BARCELONA

PULSERAS DE PEDIDA
Nuevos modelos :: JOYERÍA DE MODA :: Carretas 3

CONDESA
DE PARDO BAZÁN

ALLENDE LA VERDAD

Abrió Quintín la esquela de su amigo, el factotum del ministerio de Estado, y los dos renglones le saltaron á los ojos y le cruzaron como un trallazo el alma.

«Oficialmente consta que ha sido fusilado por los insurrectos el general Morans.»

Tan sobrecogido al pronto que no entendía por qué le escribían aquello — enlazó después la noticia con telegramas de la Prensa referentes á la revolución de Colombia, y en los cuales maquinalmente se había fijado. ¡Ahí es nada! ¡Mercedes viuda!

Iba á cumplir Quintín Carrillo de Albornoz los treinta y ocho, y hacía nueve ó diez años que le unía á Mercedes Alvarado, esposa del célebre brigadier Morans, el de las cuarteladas, un lazo secreto... no tan secreto, sin embargo, que no lo conociesen bastantes curiosos. Cierto que, cansados de murmurar, optaban ya por callarse, tomando como fórmula de transacción el «puede que sea calumnia», y el «eso debe de haberse acabado hace un siglo» del indiferentismo mundano; y no menos cierto que á nadie interesaba mayormente el honor conyugal de aquel brigadier, valentón, pero cabeza destornillada si las hubo, que después de gastarse lo suyo y buena parte de lo de Mercedes en vicios estrepitosos é intentonas de sediciones republicanas — que á poco le cuestan la piel —, emigró, no á París, que es lo corriente, sino á la América Central, donde unos le dieron por muerto, y otros, mejor informados, por encumbrado personaje militar, brazo derecho del Presidente. Sin embargo, á Quintín Carrillo, educado por padres de principios severos y hasta estrechos, en una familia de esa antigua magistratura española donde tuvo altares la integridad, le había escocido siempre lo irregular de su situación, y en los primeros años de amor deseó mil veces, involuntariamente, la noticia que recibía ahora. El destino tiene de estas jugarretas sarcásticas. Ahora... ahora, Quintín daría algo bueno porque aquella bala perdida del brigadier Morans emulase en longevidad al patriarca Matusalem.

Como que era cosa resuelta, en las deliberaciones del amante, romper con la amada — no amada ya —. Para justificar la resolución, Quintín se alegaba á sí mismo, de buena fe, larga serie de razones. Como el que vuelve á la casa paterna después de largo tiempo, abre un armario y encuentra en él recuerdos de la madre muerta — el abanico que evoca la forma de sus manos, la pañoleta arrugada por su cuello, el devocionario señalado por la página que contiene la oración familiar, la fotografía amarillenta que concreta la imagen medio desvanecida —, Quintín sentía ascender, del trasfondo de su alma, anterior á la crisis pasional, las impresiones de la primera edad, en que estaba moldeado su espíritu de hombre; y le infundían hacia Mercedes un desasimiento gradual, una náusea moral, en los comienzos imper-

ceptible, luego caracterizada, que le alejaba de la mujer por quien pensó, antaño, morir de dicha y de celos... A compás de este desvío, nacía y aleteaba un ensueño, al cual prestaba algo de poesía el conflicto de su oposición con la realidad del vivir de Quintín. Por lo demás, era un ideal semejante al del vecino de enfrente; un ideal burgués, sin rastro del romanticismo habitual, que escandece y solivianta el ánimo en los amores prohibidos. ¡Casarse... un hijo... sacarlo á paseo! He aquí la modesta aspiración de Carrillo.

¿Modesta? No tanto... No le salen hijos al que quiere, y poderosos de la tierra hay que pagarían á peso de diamantes el retoño de su sangre y de su raza... ¿Modesta? En diez años, Mercedes, ni por asomos... «Yo tengo derecho á ser padre», repetía para sí Carrillo, sin admitir ni la contingencia de que también la esposa legítima saliese estéril... Con Mercedes misma había hablado, insistiendo, del sueño de paternidad... claro es que sin aludir á los preliminares conyugales. «¡Me gustan todos los niños que veo por ahí; figúrate, uno propio!» Y como la edad viril avanzase, camino de la madurez, que es la senda por donde se llega presto á la vejez, Quintín no aguardaba más... ¡Ruptura, vida nueva...! A buscar manera de desenredarse pronto de aquella *historia* — como crudamente la llamaba, en ese lenguaje interior, tan cínico y tan descarnado, de los amantes enfermos de hartura... Y he aquí que el amigo funcionario en Estado, cumpliendo un encargo cuya importancia no ignora, transmite la nueva del fusilamiento, que hace á Mercedes dueña de sí, y posible la legalidad de sus relaciones...

Algunos minutos permaneció absorto Quintín. No se le ocurría solución alguna. Dejó al fin la esquela sobre una mesa, encendió un cigarrillo y llamó al timbre. Acudió el criado — el socarrón de Benito, pisando quedo, afeitado, blando de ademán, tan semejante á un seminarista — y no formulada aún, adivinó la orden y la dió al aire con acento cauteloso, entre galiciano y portugués:

— Siñorito... ¿Un vaso de café frío y el ron?

Era la bebida favorita de Quintín, habituado á ella en las frecuentes excursiones á que le obligaba su profesión de ingeniero agobiado de trabajo lucrativo. El médico le había ordenado: «No cate usted aguas que no conozca; ni en la montaña, ni surtiendo de piedra. Coma de lo que le presenten, pero llévese consigo una maquinilla, hierva bien el agua desconocida y tómela saturada de café. En el agua bebemos nuestra condenación.» Cuando Benito posó sobre la mesa la bandeja, instintivamente Quintín recogió receloso la carta y se la guardó en el bolsillo. El ladino servidor ya miraba de soslayo. «Pues de la siñorita Mercedes, no es.»

Enjugóse Quintín la seca garganta con la infusión adicionada de *Negrita*, y su voluntad pareció templarse como acero. Justamente porque Mercedes estaba viuda, era por lo que urgía desatar... Cuanto antes; no perder un minuto... Y la cobardía, latente bajo apariencias de valor, susurró al oído miserables consejos. «Adelántate. La noticia no se sabrá hasta dentro de días. Quizás los periódicos ni la comuniquen. ¡Interesa tan poco aquí lo que sucede en Colombia! Si Mercedes se entera de la muerte de su marido, se enreda la madeja, y al romper, la ofendes y humillas... Aprovechemos los instantes; insinuemos algo de separación sin decir palabra de la viudez, y sirvan de excusa viajes, negocios... Daré palabra de escribir... Después, no se escribe, ó se escribe de manera que contribuya al desengaño... y á la vuelta, todo arreglado insensiblemente...» Convenido consigo mismo el fraude, Carrilló dudó entre una misiva hábil ó ir en persona. «Más vale ir», decidió al fin, ante la dificultad de redactar páginas impregnadas de mentira desde la cruz á la fecha. No era gran epistológrafo, y el conocimiento que creía atesorar del carácter de Mercedes le prometía mejor resultado en una entrevista, que hasta podía ser muy cariñosa...

Creía Quintín conocer á Mercedes á fondo, y se engañaba, como se engañan cuantos piensan que es igual una mujer que se siente amada á una mujer vendida y ofendida.

A la vuelta de tantos años y de tan estrecha intimidad, Carrillo no había desentrañado el arcano de un alma femenina, porque la relación amorosa tiende un velo sobre ciertos aspectos de las almas, y un fingimiento sincero, si cabe decirlo así, obliga á la mujer enamorada á no descubrir el fondo de negrura psíquica, el sedimento demasiado humano que acaso ella misma ignora. Se adereza y acicala lo moral como lo físico, y lo moral y lo físico serían quizás hermosos siempre, á no desfigurarlos el corrosivo de la maldad ajena. Carrillo no sospechaba que Mercedes se contase entre las mujeres á quienes la desgracia vuelve peores — pues las hay que salen del purgatorio del dolor purificadas y casi santas —. Poco observador de lo inmediato, como suele suceder á los hombres dados á estudios científicos, no entendió que su amiga era capaz de impulsos generosos, pero también de rencorosas violencias; de espiritualismos ultradelicados y de egoísmos sensuales; de rectitud y desinterés exagerado — particularmente en cuestiones de dinero, sin lo cual Morans no hubiese podido despojarla de la mitad de su hacienda —, y de perversidad sabia en el daño, si á ello la impulsaban hiriéndola alevosamente. De que le había sido fiel, con probada fidelidad, deducía Carrillo que en ningún terreno era Mercedes peligrosa. Unicamente le cohibía, en aquella decisiva hora, algo de compasión y piedad, el afecto que engendra la costumbre, el sufrimiento de ver sufrir. «A bien — discurría, mientras le presentaba Benito guantes, sombrero, abrigo y bastón — que de tiempo acá, ella debe de haber notado... Me ha dado quejas... Se la tiene tragada, de seguro...»

Corridos diez minutos, se apeaba del tranvía, no delante de la casa de Mercedes — porque después de comprometerla al principio con indiscretos extremos, ahora no omitía nunca las precauciones — sino en la plazuela, donde desembocan varias calles. Anduvo un rato y se enhebró por la bocacalle segunda. En el portal, la señá Malia, la portera, hembra jacarandosa del pueblo madrileño, artísticamente atusada, llena de bucles y bandolina, como que venía en derechura del más próximo «Salón de arrepeinar señoras» del barrio, le dirigió un «¡Felices, señorito!», con su airosa y recalcada pronunciación de chulapa. Apenas contestó Quintín, y la mujer, chafada, rezongó: «¡Andá! No va poco metío en sí! ¿Qué mosca l'abrá

picao? Otras veces me pregunta por los chicos ó les hace carantoñas...»

Al llamar del modo tan conocido á la tan conocida puerta, las piernas de Quintín eran dos rollos de algodón en rama, y las arterias de sus sienes armaban un ruido de fragua que le aturdía el cráneo. No valía repetirse sordamente: «Hago bien, voy de lo prohibido á lo lícito; me dirijo hacia lo más santo, que es la paternidad...» La conciencia argüía sin réplica: «¡Farsante! Ya no es prohibido... ¡Es que te has cansado, es que Mercedes no te seduce... No me vengas con retóricas: á mí nadie me la pega! Soy el Testigo, soy el Ojo...»

Aguardaba Mercedes en el gabinete donde diariamente se veían, sentada en el mismo sofá de elegante forma, en que se acurrucaba entre pilas de fofos y finos almohadones, cómplices de la amorosa languidez. Si alguien pudiese acechar la expresión de su fisonomía, descubriría en ella una ansiedad trágica. Las noticias auténticas que Quintín, secretamente, pedía á la amistad, las tenía desde muy atrás solicitadas la señora de Morans mediante soborno en el consulado de Colombia. Un empleado subalterno la enteraba, en reserva, de cuanto se sabía del aventurero brigadier; y no hacía tres horas que, en persona, había venido su confidente á referirla lo que después se llamó «el drama de Popayán». Rotas estaban sus cadenas...

— ¿Qué efecto produciría la nueva en Quintín? — De la respuesta á esta interrogación dependía todo el porvenir de Mercedes Alvarado. Otra mujer menos cauta se propondría recibir á su amigo espetándole la novedad entre la expansión de un abrazo tierno... Ella se guardaría de cometer tal inocentada. Primero le tantearía, dirigiría la plática hacia el terreno candente... No

la engreía la dulce seguridad del que se cree adorado. Al contrario, temblaba y temía. Quintín no era el de antes...

La ya viuda de Morans no representaba los treinta y seis años que rezaba su partida de bautismo. No muy alta, carnosa, pero esbelta aún, de facciones expresivas y regulares, de ojos bien engastados y penetrantes y flecheros, la hacían más joven el abundoso pelo, de un negro de tinta, y el diseño de la boca, que en momentos de gozo sonreía casi infantilmente. La nariz, un tanto aguileña, dilataba sus alas palpitantes; y el mirar, en horas de desconfianza, era astuto, de una agudeza completamente femenil. No debía de ser fácil burlar á aquella hembra, y sobre todo, una vez sospechada la burla, no sería cómoda de aplacar, sobre todo, si en vez de estallar por fuera, la cólera se recogía adentro, hirviente en la sombra, acechando oportunidad de venganza. Como toda mujer que tiene vida sentimental y es un poco jamona, Mercedes cuidaba prolijamente su tocado y su atavío. A la hora en que sonó el timbre advirtiendo que Quintín llegaba, la señora de Morans se envolvía en una bata de crespón rosa hortensia — color que realzaba la negrura de la cabellera española, y que incrustaban irlandas antiguas entre gasas blandamente rizadas y flotantes. — El pie que el remangue de la bata descubría, era delicado, primoroso, calzado de raso negro y cautivo en media de seda transparente. Una hebillita de estrás blasonaba el empeine curvo. Los dijes de un brazalete de barbada, que rodeaba la muñeca izquierda, tilinteaban apenas á la agitación del pulso y al temblor de la mano, larga y ebúrnea, cuidada como una flor.

Bastó á Mercedes ver entrar á su amigo para comprender al vuelo que también él *sabía*. ¿Por qué? No es fácil razonar las corazonadas, y todo enamorado las tiene. Quintín estaba al cabo, y venía á tiro hecho... «¿Por dónde saldrá?...» Dominándose prontamente, le interrogó aparentando sólo la acostumbrada amante solicitud:

— ¿Qué te pasa? Parece que vienes... preocupado... Siéntate, explica... Anda, Tinito, acércate...

El se acomodó en la butaca, ceñudo, displicente, colocándose de modo que ni el paño de su ropa rozase los sueltos encajes de la bata de su amiga. Actitud cruel, como es cruel todo en los fines de amor. Mercedes se sintió apuñalada por el cuchillo de aquella estudiada distanciación, mucho peor que una ausencia, y calculó: «Sabe que he enviudado y se desvía... Quiere romper.» La atroz convicción la dejó un punto sin habla, sin pensamien to... Al fin recobró la voz y exclamó imperiosamente:

— ¿Qué es eso? No te reconozco el derecho de venir á sentarte frente á mí convertido en estatua... Hazme el favor de explicarte de una vez y no mirarme así, como si tú fueses el juez y yo el reo...

Mascando quina ó algo que difícilmente se tragaba, Quintín acabó por arrancarse con una solemne simpleza:

— Tengo cerca de los cuarenta, Mercedes... Tengo cerca de los cuarenta...

— Bien; ¿y qué? — murmuró Mercedes irónica —. Sabemos mutuamente nuestras edades.

— Es que... Es que debo advertirte que me urge hacer... hacer muchas cosas... que no puedo hacer estando á tu lado... ¿entiendes? Y después no será tiempo ya... ¡El tiempo pasa!

Sofocación repentina cortó el respiro á Mercedes. ¡El tiempo! ¡Por dónde salía ahora! ¡Qué mezquino, qué miserable subterfugio! ¡Qué frases sin ilación, de apocamiento, de embuste! Con disculpas balbucientes quería esconder la verdad... Notó la de Alvarado un curioso sentimiento: el bochorno por cuenta ajena; se avergonzó de aquel hombre, tan idolatrado y tan pequeño, tan falso y tan cohibido... Llanto repentino, saltando de los lagrimales, aguazó sus negras pestañas, y se apresuró por el surco de las mejillas. Se remedió con el pañuelo. Un tanto conmovido por dentro, impasible por fuera, Quintín volvía la cara. ¿No estaban descontadas las lagrimitas? Sólo que no es lo mismo suponer estas cosas que verlas... ¿Consuelos? ¿La vulgaridad de la protesta amistosa, de la esperanza á largo plazo, del llamamiento á la cordura? Por torpe en sentir que Quintín fuese, bien sabía que no hay consuelo humano... ¡El tiempo! Sí; el tiempo consuela — porque es la forma en que diariamente se acerca la muerte á nosotros... — Consuela el tiempo como adormece el dolor la morfina: matando á la corta ó á la larga...

— Bueno... — balbuceó ella, alzando los ojos ya enjutos y enrojecidos —. Comprendido, ¿entiendes? No necesitas molestarte más. ¿Por qué no dices las cosas abiertamente, entre nosotros, que nos hemos jurado mil veces franqueza? Estás cansado de mí y tienes tus planes de casamiento. ¿A que sí? Magnífico... Venga el nombre de la futura.

— ¡Si no hay tal futura! — protestó él agarrándose con ansia á un clavo ardiendo —. Te equivocas... ¿De dónde sacas?... Lo que yo me he propuesto es viajar... un año... ó dos... Lo exigen mis asuntos profesionales; he de residir en el extranjero, para realizar un sin fin de planes y aprender muchas cosas nuevas, que me conviene dominar... Y necesito ir con las manos desatadas, tranquilo... Recobro mi libertad enajenada...

— ¡Alto ahí! — clamó la señora con arranque. — ¡Nada de mala fe! No te he quitado la libertad nunca. Nuestro compromiso ha sido voluntario. Si otra cosa aseguras, mentirás.

La voz vibraba indignada.

— Voluntario ó no, he vivido siempre sujeto. ¡Sé razonable, Mercedes! No vayas á figurarte tonterías. Esto no es acabar, no es un corte definitivo. Déjame respirar... Respiremos los dos un poco. Después, ¿quién sabe?, acaso nos querremos doblemente...

— Sí, sí... Calla, calla... — Mercedes se había levantado, poniéndose de espaldas para esconder otro acceso de llanto, de gritos, de sollozos; pero la voz la denunciaba, á pesar del bárbaro esfuerzo con que se contenía. Al cabo de un rato se volvió jadeante. — ¿No ves que eso es pueril y además desleal? Ten siquiera valor: descarga el golpe con el pulso sereno. Mírame, serena también. — Y se encaró con él, apoyándole las manos en los hombros, enviándole al rostro la sugestión de otro rostro que acusaba y retaba, y el soplo violento de su furia. — Estoy serena... — Al ha-

cer esta afirmación increíble, Mercedes tenía un gesto siniestro, un mirar de abismo. En los breves instantes de la crisis, la *idea* vengadora había surgido, al choque del mismo dolor, en el espíritu apasionado, que no se resignaba ni renunciaba. Ideas semejantes laten algún tiempo en lo indeterminado del pensar, con latido apenas perceptible; flotan allí, en previsión de lo que pueda suceder, arrinconadas, rechazadas por fantásticas y absurdas, hasta el momento en que la necesidad las impone y el arrojo de la desesperación las presta relieve, las da cuerpo... Preparada estaba Mercedes; en largas noches de vela, en días desocupados, de esos intervalos tranquilos que hay en el proceso pasional más ardoroso, si se prolonga, la mujer, temerosa de ver evaporarse de pronto la esencia de su vida, había agotado todas las hipótesis, presentido todas las formas en que puede aparecerse la fatalidad y calculado los medios para contrarrestarla. Hallábase dispuesta en cualquier momento á luchar. Los medios serían buenos con tal que fuesen eficaces. En el sentimiento, Mercedes profesaba los principios de un hombre de acción.

Recogida interiormente, tensa y flechada el alma como un arco de combate, esperaba. Quería ver si aquel miserable proseguía callándose lo principal, la muerte de Morans, lo que precisamente le impulsaba á precipitar la ruptura, sin miramientos, sin respeto á lo pasado, sin dar siquiera espacio para que el tremendo golpe doliese un poco menos..!

— ¡Ceditas! — pronunció él, usando el nombre íntimo, con ineficaz intento de aliviar lo inaliviable —. Ceditas, un poco de paciencia... Yo siempre te recordaré... No creas que se trata de abandonarte... Vamos, no seas así; mira que me afliges...

— ¡Te aflijo yo á tí! — Y la señora rió con una especie de ironía salvaje —. ¿Qué dices? ¿Que me recordarás siempre?—añadió ya decidida —. ¡Pues no me habías de recordar! De eso sí que estoy segura... No tengas miedo, no cabe que me olvides; pero no será por virtud de tu ternura ni por la fidelidad de tu memoria. Será por algo que no te puedes sospechar... y que te va á sorprender... ¡Vaya!... A sorprender mucho. Graba en tu imaginación la fecha de hoy, grábala: estamos á 15 de Marzo... ¡La casualidad es rara! Pero no la llames casualidad: llámala Providencia... Fíjate, el 15 de Marzo...

Mientras soltaba estas cláusulas misteriosas devoraba con la vista al que la contemplaba alarmado. Un goce maligno dilataba su antes oprimido pecho.

— ¡Tramposo! — pensaba — defraudador... Ya te tengo en mis uñas. ¡Qué placer, la que te preparo!

La extraña y frecuente metamorfosis del sumo querer en odio sumo se verificaba con rapidez eléctrica. Y el peor odio, el que anhela proximidad, el que es amor vuelto del revés, amor podrido. Parecía un fenómeno repentino, y quizás no lo era. También el odio de Mercedes, como el desvío de Quintín, se había incubado lento, lento, ante los rasgos de indiferencia del amante fatigado, ante la comprobación del disimulo y la mentira, ante los indicios de debilidad y bajeza, ignominia de los rompimientos amorosos. La enloquecía la idea de que Quintín era sabedor de su viudez y callaba para evitar la contingencia de una proposición de matrimonio. ¡Qué vergonzosa precaución!

Y se encendía en furor, en rabia justiciera. ¡Todo es perdonable menos el engaño! Recordaba mentalmente los sacrificios hechos, las ternezas prodigadas, la honra descuidada, tantos años de constancia, de complacencia, tanta fe, tanta sinceridad, el corazón y el alma siempre asomados á la boca en un impulso de lealtad y abnegación continua... «¡Y este es el pago!» Sus labios se estremecían; con tremenda fuerza de voluntad, ensangrentándolos, volvió á dominarse. ¡Calma, calma para vencer!

— Me hace fijarme en la fecha de hoy — pensaba azorado Quintín — porque está enterada de lo de su marido... Defendámonos, echémonos fuera... No entiendo — dijo en alto — qué tiene que ver el 15 de Marzo con...

— ¡Ya lo entenderás! Ahora vete adonde quieras y haz lo que gustes; sólo te pido — creo que tengo títulos para pedirte algo — que me empeñes tu palabra de no realizar nada *definitivo* antes del otoño... Antes del mes de Octubre. ¡Contesta!

— ¡Criatura! — exclamó él ya sosegado, transigiendo —. ¿A qué llamas *definitivo*? ¿Sigues con la manía de mis soñadas bodas? Te juro . . .

— No jures; ó, mejor dicho, no perjures — gritó ella con un hipo de cólera —. Los juramentos son cosa propia del amor . . . y tú ya . . . — Al hablar así se descompuso, expresando infinita angustia, el semblante de Mercedes —. Pido lo que entre indiferentes: la palabra de caballero. ¿No te casarás antes de Octubre?

— ¡Qué tema! Si no se me ha ocurrido . . .

— ¿Prometes ó no? —. El acento conminaba, forzaba la voluntad.

— Si te empeñas. . . bien puedo prometerlo..., y lo prometo por mi honor.

— ¿Por la sepultura de tu madre?

Carrillo de Albornoz titubeó un momento. ¡Su madre, mezclada en tal escena! Acabó por resignarse.

— Corriente, si eso te tranquiliza . . . por la sepultura de mi pobre madre. ¿Te basta?

— Necesitaré saber tu paradero, si sales de Madrid. . . porque llegará un instante en que tendré una comunicación que hacerte.

— ¿Una comunicación?

— Y muy grave. ¡Gravísima!

— Lo dicho — volvió á cavilar Quintín —. Me participará que es viuda; no está segura aun. . . y por eso no me lo encaja ahora . . . Contemporicemos; todo acaba por arreglarse. ¡Zafémonos! — Y acercándose, en finta de enternecimiento, sopló en las sienes y cabellos de su amiga, rozándolos con labios flojos, algunas palabras, farfulladas, que pretendían ser dulces . . . — Te escribiré . . . No faltaba más. Ea, juicio, Ceditas, si no sucede nada . . . Jesús, cómo eres de cavilosa. Un viaje, ¿qué tiene eso de particular? Adiós, no me seas chiquilla . . .

El útimo tibio consuelo se perdió entre el abrazo y el beso de despedida, voluntariamente estrecho el uno y prolongado el otro . . .

— ¡Judas! — tartamudeó la señora después de oir el castañetazo apagado de la puerta que se cerraba. Por un instante permaneció de pie, limpiándose con el pañuelo húmedo y arrugado la frente y las mejillas; luego lo arrojó con grima sobre la mesa. Se desplomó otra vez en el sofá y meditó — una de esas meditaciones intensas en que las fuerzas del discurso parecen centuplicarse —. El plan entero se desenvolvía, claro y lógico, como una comedia de trama bien urdida y en que están fundadas las peripecias. Rió en alta voz, con sarcástica risa —. ¡Soberbio! — Y tocó el timbre. La doncella acudió, peripuesta, con blancuras de delantal bordado sobre la librea de lana negra de la domesticidad femenina —. A Amalia que suba un momento . . . Tengo que saber si encontró por fin esa lavandera buena de que hablamos. ¡Ah! — añadió, como el que hace memoria —. Y usted, Alejandra, váyase ahora mismo á la calle del Carmen, á todas las tiendas en que gasto, y tráigase muestras de géneros negros, cachemir fino y crespón inglés. . . Antes preguntará usted en casa de madame Bourbette si ha arreglado mi sombrero gris . . . Si no lo arregló, que no lo arregle ya . . . Que me envíe modelos negros . . . Pase usted también recado á Ifigenia, la modista, que la necesito . . .

— ¿Tiene luto la señora? — interrogó la doncellita, muy amiga de curiosear.

— Sí . . . Traiga usted también muestras de glasé para los fondos . . . ¡Ah!, guantes negros de mi medida . . .

Despachado para un rato el testigo peligroso, la señora esperó á la mujer del pueblo, á quien iba á imponer — ¿por qué medios? — su intención vengadora. Creía Mercedes adivinar el modo de ser de la Amalia, su psicología no muy complicada, y una inspiración pronta, feliz, la dictaba lo que debía decir y hacer en tan decisiva ocasión. Empezó, pues, por dar suelta á las lágrimas antes reprimidas y reabsorbidas, y así, bañada en llanto, fué como recibió á la vehemente chulapa, «toda corazón desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies».

— ¡Jesús! Pero, señorita, ¿qué ocurre? ¿Ha pasao alguna desgracia?

Y la penetración mujeril de la portera relacionó instantáneamente la actitud de Mercedes con el «metimiento en sí» del señorito. . . «Vamos, se han peleao estos. . .»

— ¡La desgracia mayor de mi vida!. . . El señorito Quintín y yo hemos acabado. . . acabado para siempre. . .

Nueva explosión de llanto, y sobre todo, aquella brusca, halagüeña confianza que depositaban en ella, derritieron la de suyo blanda manteca de las entrañas de la chula. Señá Malia era también así, contadora de sus penas, partidaria de no tragárselas. El que á ella acudía pidiendo socorro, la encontraba; y el que la ofendía y la buscaba las cosquillas, ¡andá!, la encontraba más pronto, si cabe.

— ¡Válgame Dios, señorita! ¡Lo que es el mundo! ¡Qué hombres condenaos! Cuanto mejor es una, más trastás la hacen. . . ¿Y va usté á afligirse de ese modo? Pa lo que valen los malditos...

— ¡Es que yo le quería, y sigo queriéndole!— exclamó Mercedes, comprendiendo el resorte que era preciso tocar —. ¡Es que yo no podré vivir sin él, Amalia!. . .

— Ya, ya. . . — murmuró pensativa y apiadada la portera, sentándose al borde de una silla, con las manos colgantes —. Claro, esa tecla del querer. . . sale allá, de no sé dónde, de entre una, y puede más que una. . . ¡Y tantos años como llevaban ustés, amos, de ser amigos!

— ¡Tantos años! — repitió Mercedes, cogiendo la mano de la chula —. Sin haberle yo dado así de motivo. ¡Usted bien lo sabe! Y ahora..., ¡escuche usted esto!, ahora que podíamos casarnos. . .

— ¿Qué, por último. . . ha fallecío. . . el señor esposo de usté?

— Le han matado allá en América.

— ¡En gloria esté! Y el otro. . ., ¡amos! ¡Bonito porte! ¡Si digo que valen más los canes que trincan los laceros!

Mercedes atrajo á sí á la chula, pasándola un brazo por el hombro, y recostó la cabeza en él. Sollozaba sin tener que hacerse violencia, y Amalia la consolaba, no menos sinceramente, con mil dicterios á los hombres.

La farsa de Mercedes tenía tanto de verdad, que por esa parte de verdad convencía irresistiblemente.

— Pobre, pobre señorita. . . ¡Ea!, no ponerse así. . ., que me enternezco! . . . Una señorita tan

honrá y tan simpática, sin despreciar á nadie. ¡Siete años llevo en la casa y, lo chillo delante de tó el barrio: no me ha faltao usté nunca á la consideración que nos merecemos las señoras! ¡Y llevo los chicos vestíos con sus obsequios! ¡Si se me pone delante el falso ese, vendío, le insulto!

Mercedes levantó la frente, empleó la sugestión de los ojos y, ya decidida, pronunció:

— No, ese no es buen remedio... Hay otro... Usted puede salvarme...

— ¿Yo? ¡Ojalá Dios!... Como fuera por mí...

— Usted, usted misma...

— ¡A ver!... ¡Señorita! ¡Sería milagro! Una pobre no puede ná... Voluntá, sí, y picadillo me hago si usté lo dispone...

En voz baja, con entrecortadas frases, entre cuchicheos de súplica ardiente, confidencial, soltó la de Alvarado su inaudita pretensión... La abandonaba Quintín, únicamente, porque no le había dado un chico... Si se le hiciese creer que el chico existía, no sólo vuelve á quererla, sino que se casa Carrillo de Albornoz... Una superchería inocente. ¿Qué podía resultar de ella? La dicha de todos: feliz Mercedes, feliz su amigo y más feliz que nadie la criatura, que en vez de un porvenir de trabajo y privaciones, tendría el más risueño, heredando la fortuna de sus nuevos padres... Padres de veras, porque le adorarían, no sabrían dónde ponerle. Un chico agraciado con el premio gordo... La... persona... que ayudase á este *arreglo*, tampoco se arrepentiría nunca: el pan asegurado y, con el pan, el vino y la carne. Y esa persona..., esa persona... ¿No estaba Amalia... encinta de tres meses?...

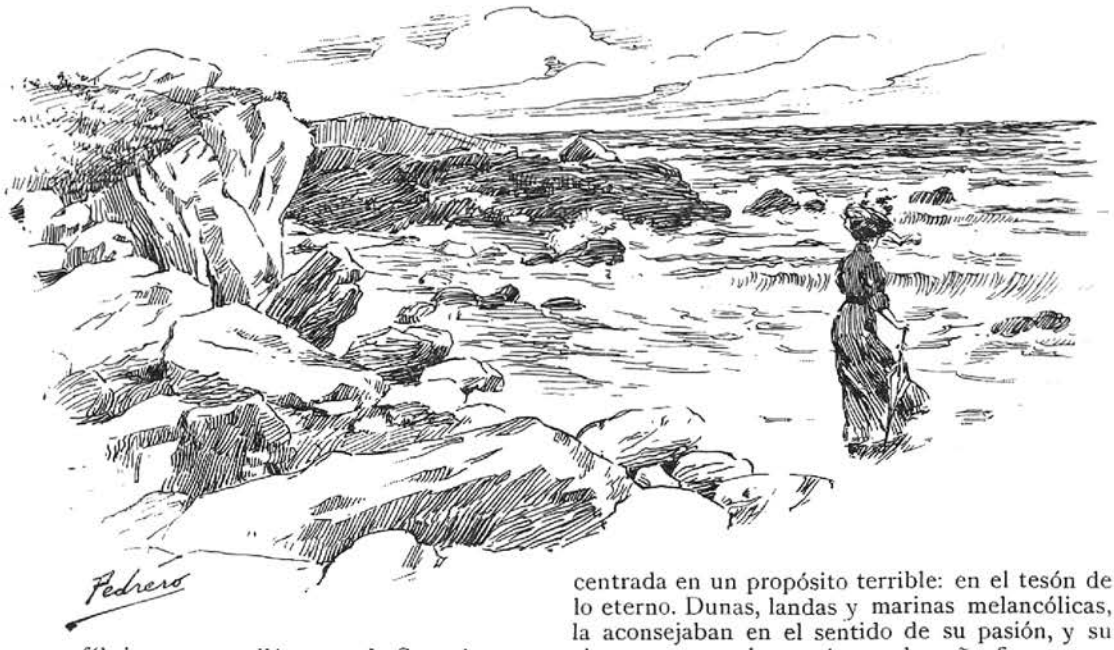
Escuchaba la señá Malia confusa, atónita, no sabiendo si debía levantarse y exclamar: «¿Qué sa figurao usté?», ó abrir los brazos y gritar: «Por usté se hace eso y más, si se tercia.» En la fluctuación, se inclinó á ceder, ante unas frases de Mercedes, que hirieron la cuerda sensible del punto de honor, del desinterés hidalgo: la cuerda resonante del español pobre...

— Esto no es comprar un chico... No media aquí codicia. Lo pido como un favor, Amalia. Sí, un favor, el más grande: de amiga, mejor dicho, de hermana. Hay cosas que ni se hacen por el dinero, ni se pagarían con todo el oro del mundo.

Malia respondió abrazando á la señora, de un achuchón, con sus brazotes cubiertos de tartán á cuadros, y restregándola por las sienes las sortijillas del peinado de filigrana... Impuso sólo una condición.

— He de vivir donde esté mi chico... O al menos, lo he de ver siempre que se me antoje... Ya ve usted, señorita, una madre es una madre... Aunque tiene una ya cuatro enemigos malos en casa, hay cariño para tós y para cien que vengan.

Y saltaron lagrimillas por aquel lado igualmente. El cuchicheo se restableció, íntimo, apresurado, ya sin toques sentimentales. Era la forma práctica del complot. Mercedes allanaba dificultades; lo tenía todo previsto. A pretexto del luto, saldría á viajar, acompañada de su portera. La madre de Malia, bien remunerada, se haría cargo de los cuatro pequeños y de la portería. Capricho de dama pudiente, que acaba de quedarse sin doncella — ya se buscaría modo de dar despachaderas á Alejandra —. Felizmente el marido de Malia, aserrador de oficio, estaba contratado



en una fábrica nueva, allá cerca de Segovia, y se pasaría varios meses sin aportar por Madrid. Malia se rió. «Con escribirle que fué equivocación, que no hay tal tripa... ¡Pues poco que se alegrará...!»

Secretearon un rato más las dos mujeres, ya cómplices, y, al retirarse Malia, puso Mercedes el dedo en los labios, seña á que correspondió la portera con otra igual, y un movimiento de péndulo de la mano alzada, que significaba «¡A nadie de este mundo!»

* * *

Equipada ya de luto Mercedes, sin corresponder á los pésames — al fin se había divulgado el caso cruento del brigadier Morans — salió de Madrid en dirección á la frontera francesa, llevándose á la chula, enlutada igualmente y con el clásico atavío de las doncellas de servir. Se entretuvo una semana en Burdeos; pero oía hablar en la calle español, pasaban compatriotas que tal vez la conociesen y, hambrienta de soledad, se trasladó á un pueblecito de Bretaña, un agujero perdido á orillas del mar, donde vivió ignorada hasta bien entrado Mayo. De Quintín no había recibido ni dos letras. ¡Qué frío abandono! Paciencia... paciencia algún tiempo; la paciencia que él la había recomendado, con injurioso alarde de compasión. Mercedes no se encontraba peor que en otra parte en el rincón de aldea, rumiando su desquite, abismada á veces en recuerdos todavía vivaces, frescos labios de la herida que dentro le sangraba. Solía pasear por los acantilados de la costa, por las landas ásperas cubiertas de retama en flor, y á solas lloraba frecuentemente, maldiciendo su imposibilidad de olvidar, de perdonar y de rehacerse la vida. «No soy tan vieja... Pudiera curarme de esta enfermedad, ¿quién sabe?, casarme con otro, quererle... Hasta pudiera tener, en efecto, el hijo que voy á simular... Un hijo, realmente nuestro, será cosa muy buena...» Cinco minutos después recaía en su pensamiento constante, invitada tal vez á la fijeza de las ideas por aquella naturaleza tenaz y sombría, como reconcentrada en un propósito terrible: en el tesón de lo eterno. Dunas, landas y marinas melancólicas, la aconsejaban en el sentido de su pasión, y su alma se maceraba en jugos de saña firme, que para ella sustituía á otra emoción encantadora, evaporada ya...

Allí hubiese permanecido la de Alvarado mucho más tiempo, si no se lo estorbase un serio inconveniente. La chula se secaba, se aburría... Padecía esa afección de nostalgia, que no es sólo privilegio de las razas del Norte y Noroeste; puede acometer á cualquier trasplantado. Malia, que en Madrid se pasaba el santo día renegando de todo, empezando por sus chiquillos y su marido, los «enemigos malos», «los mengues» y «el arrastrao», desde lejos los convertía en séres adorables; y mientras de aquel país, cuyo idioma y cuya salvaje belleza no entendía, decía pestes, á España entonaba himnos. «A tu tierra, grulla...», repetía suspirando. Una de sus más tristes añoranzas era la del peinado de filigrana, la trapisonda de rizos que la armaban en el «Salón». Era el lujo á que estaba habituada, aquel abono á la peluquería, aquellas barrocas maravillas que ejecutaban en su crencha las manos grasientas de Celestina la peinadora; acostumbrada á que la peinasen, ya no sabía ni hacerse un rodete, y balbuceaba con desconsuelo: «¡Qué visión!... Da rabia de verse así.» Tales proporciones llegó á tomar en Malia la desazón de andar «desgreñá» — total, para que la viesen cuatro pescadores y unas mujerucas aldeanas, de cofia de aletas —, que la señora se decidió á emprender peinarla, con gran aparato de pomadas y tenacillas. Las manos de marfil, cuidadas como flores, se hundieron en la bravía guedeja, la manejaron, la domaron á fuerza de cosméticos, y halagüeñas, acariciando en Malia el instrumento del desquite, clavaron en las ondulaciones laterales dos peinetas de deslumbrador estrás...

Se repatriaron por la frontera de Port-Bou, menos concurrida que la de Irún, y recorrieron pueblos solitarios y pintorescos de Cataluña, haciéndose dirigir la correspondencia desde un hotel de Barcelona. Acosadas por el calor, para mayor cautela — á mediados de Julio —, se trasladaron á un puertecito por descubrir, delicioso, de

Asturias, y, á fines de Agosto, fué preciso arbitrar dónde iba á verificarse el acontecimiento, pues Malia estaba hecha un baúl.

— Me van á facturar... — exclamaba —. Otras veces he sío buena matutera, que ni se notaba el fardo... Miste, de esta vez, por lo mismo... A ver si traigo dos...

— No nos quejemos — respondía la de Alvarado —; hemos tenido la fortuna de no encontrar conocidos... Si todo continúa saliéndonos así...

Al combinar mentalmente aquella extraordinaria aventura, Mercedes calculó que el campo era más peligroso que un pueblo relativamente grande, obscuro, de esos en que no se detienen los veraneantes; una ciudad muerta. Fijóse en A***, que reunía las condiciones requeridas. El activo y organizador cerebro de Mercedes previó todas las contingencias, ató los últimos cabos. Era preciso que en A*** entrasen las dos mujeres con los papeles trocados: Malia sería la señora, Mercedes la doncella. Así evitaban el peligro de un nuevo cómplice, el médico. Los delitos se descubren siempre por los cómplices. Creería el médico, de buena fe, asistir á doña Mercedes de Alvarado, viuda de Morans, y lo podria atestiguar, sin mentir, en todo tiempo. Cambiados ya los trajes, en el tren mixto, donde no viaja ninguna «persona decente», salieron hacia A***, llegando de noche, como deseaban, rebozada Mercedes en una toquilla, Malia ostentando tapapolvo lindísimo y un sombrero flamante, perdida de risa al verse «afrancesá». Se acomodaron ó se desacomodaron en un parador con honores de fonda; al otro día, el acaso, protector de aquel enredo, les deparó — por medio del amo de la fonda —, un caserón que sus dueños, ausentes, alquilaban amueblado y en desierta calle. Instaláronse en él, tan sin ruido como lo hacían todo, resignadas á las deficiencias del mobiliario y á las carreras de ratones por techos y tabiques, y tomaron una asistenta palurda, cuyos guisotes y sopas de ajo rectificó Mercedes con toquecillos de cocina francesa. Malia no salía de sus habitaciones, en espera del suceso inminente. No exageraban el recato, porque así como otras mujeres quieren á toda costa esconder sus deslices, interesaba á Mercedes que le achacasen aquél; pero algo se recataban, por dar verosimilitud al paso de comedia. En esta mezcla de discreción é indiscreción pasaron quince ó veinte días, barriendo Mercedes el cuarto y limpiando la ropa de la chula, y repantigada la chula en el gabinete, con bata de seda perla, libre el voluminoso vientre, al alcance de la mano una cajita de bombones encamisados de plata y abanicándose con rasgado ademán — pues siempre supuso la señá Malia que el aquél del señorío era arrellanarse en una mecedora y darse aire. «Andá, quién me lo había de decir».

Ni tarda ni perezosa, Mercedes se informó de doctor. Por la cocinera supo de uno «muy buenísimo» que vivía á la vuelta de la esquina: se le podía avisar á cualquier hora. Juraba Malia que á no necesitarse para confirmar la superchería, sin médico se pasaba tan ricamente. Ella era muy «feliz»: escupía los chicos como huesos de aceituna... Al llegar la hora, sin embargo, asaeteada de dolores, se alegró viendo al doctor que la animaba. Las instrucciones de Mercedes eran que se quejase, bueno; pero que hablase lo menos posible. ¡Suplicio para la comunicativa, lenguaraz chulapa! Convertida en doncellita elegante, de remilgado estilo, Mercedes tomó de su cuenta la charla, aturdiendo al doctor, bondadoso y mujeriego, que consagró desde el primer momento á la gentil sirviente simpatía y algo de asesinas intenciones... Aprovechó la de Alvarado estas disposiciones excelentes, y llevándosele á un rincón, imploró auxilio para aquella pobre señorita, que necesitaba ocultar su percance — percance era, á él no se le iba á disfrazar la verdad —; y no tenía de quien fiarse, quien diese los pasos de registro, inscripción y elección de nodriza... ¡Ay! ¡Que considerase el señor doctor! ¡La señorita, válgame Dios, engañada por un pillo! Tan buena, que quería ponerle á su hijo, en la inscripción, su nombre, jugándose la honra. Al expresarse así, Mercedes se estremeció: la idea, por primera vez, la aterraba; en efecto, iba á correr el albur de un deshonor innegable, material, tangible... ¡Si Quintín no se casase! «Bah, se casa... Tengo buena sombra, como dice Malia, en este asunto...» En efecto, la tenía óptima. El doctor, conmovido, filantrópico, se ofreció para cuanto ocurriese; dos horas después nació una niña, rojiza y diminuta... «Ponga usted que su mamá se llama María de las Mercedes Alvarado y Tavira, con todas sus letras... Los papeles están corrientes; esta señora puede demostrar que se llama así...» Con sigilo, con rapidez, con celo, avió aquel desavío el doctor, que ni siquiera extrañó el habla por monosílabos de la recién parida. Sería vergüenza, sería fatiga, de fijo. ¡Una señora! Y además, él prefería entenderse con la doncella. ¡Qué mujer tan principal! ¡Qué fina, *en su clase!* ¡Hasta olía á violeta...! ¡Y vaya unas manos! Doble de blancas que las de su ama, con unas uñas de rosa... Rumiaba el doctor una frase: «Amalita, por Dios, aráñeme usted...»

— Todo nos sale á medida del deseo — cuchicheó Mercedes, mientras administraba un sustancioso caldo á la chula, incorporada sobre las almohadas —. Ahora veremos qué dice el *papá*... Y rió sardónicamente, pregustando el sabor de los sabores, la venganza...

* * *

Carrillo, entre tanto, no se estaba quieto. Después de corta estancia en Suiza, para negocios profesionales, regresó á España, pero detúvose antes en Biarritz, remolino donde confluye medio Madrid, el Madrid *select*. Persiguiendo su devaneo de fundación de hogar, refrescó amistades, acompañó y convidó á la pastelería *chic* á damiselas españolas, se quejó de su aislamiento de célibe, inició ligeros *flirts*, habló de sus nostalgias de hongo... — ¡eso mismo, un hongo, amiga mía! — y señalando á las argentinas hebras que se entreparecían en la negrura de la barba rizosa, añadía con afectación de involuntaria tristeza: «Ya soy viejo».

No advertía, sin embargo, en el lado izquierdo del pecho, en el clásico sitio, palpitación alguna, ni siquiera otros fenómenos de orden inferior, al imaginarse á las consabidas damiselas diademadas de azahar contrahecho, terminadas por luen-

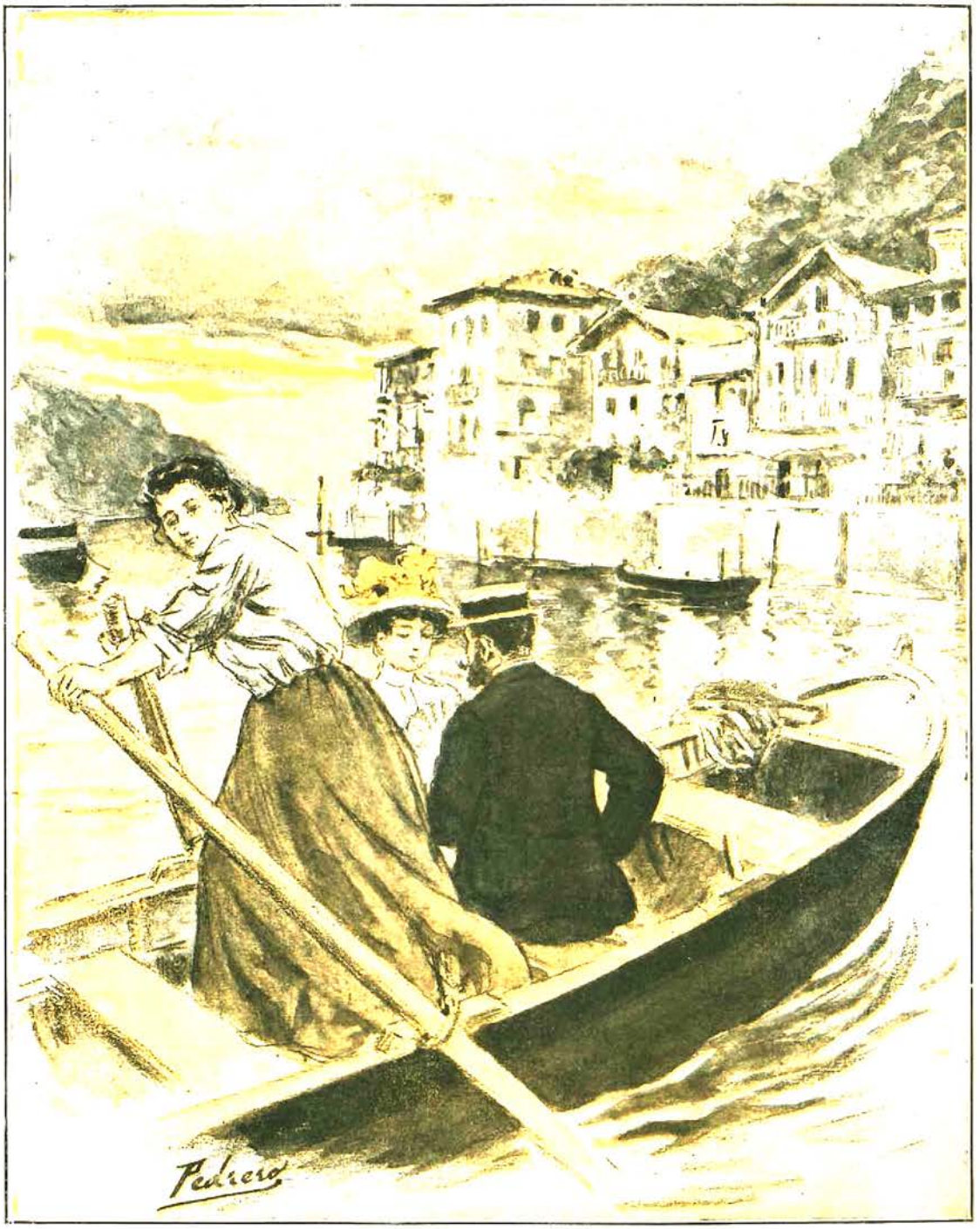
ga cola guarnecida de esos encajes que invariablemente bautizan de *Alençon* los revisteros, así sean de Almagro, y velado el ruboroso semblante por crespo tul *ilusión* que aun muestra los dobleces. Hasta un año corrido después de la ceremonia, cuando el delicado moisés floreciese entre espuma de batista azul y blanca, al pie del tálamo nupcial — cuando viniese el hijo, en suma —, no vibraría de amor el corazón de Quintín.

En el baboseo de la galantería descansaba de los años borrascosos de la pasión; pero no acababa de encontrar su media naranja. Esta por coqueta (Quintín se sentía rígido de principios); aquella por anémica, cepa mala para sacar vástago robusto; una por la perspectiva de doce cuñados; otra porque descubría un carácter sobrado viril... fueron desechadas sucesivamente. Hacia fines de Julio, en San Sebastián, paseando por la Concha, fué presentado Carrillo á una familia de esas en que la cualidad de *respetable* salta á los ojos: los condes de Aldeablanca. Papá barbudo, apersonado, campechano y caballero; mamá no inquietante, no en rivalidad de *toilette* con su hija, pendiente, al contrario, de que ésta agrade y de mirar por su decoro; gente hidalga y seria, del propio solar durangués, del riñón bilbaíno. Descendencia: un mútil en la Universidad de Deusto, y Paulita, de veintidós años, rubia, alta, graciosa sin provocación, seria por dentro y alegre como un pájaro, cándida y desconfiada al pronto, muy deseosa de amor. Se estableció un acompañamiento diario, en la Concha y en el bulevar por la mañana; Quintín dejó tarjeta, y se la devolvió á las veinticuatro horas el conde. Fueron Paulita y Quintín metiéndose en harina; se tomaron informes, como al descuido; y de una excursión á Pasajes salieron novios. En la mágica ría, mientras la batelera, hombrunamente, pujaba del remo, como anocheciese y se confundieran objetos y líneas, Quintín pudo asir la mano de la señorita provinciana y estrecharla un momento, sintiendo aletear los deditos, á la vez azorados y sujetos por un imán. ¡Novios! — Al encontrarse sólo en el cuarto del hotel, Carrillo comprobó una desazón interior, una roezón sorda, notada á menudo y al presente agravada. Volvía el pasado, ó su espectro. ¡Mercedes! ¿Qué haría? ¿Dónde estaría? Ahuyentó el moscón importuno del recuerdo y pensó en Paulita. No era dable encontrar mejor madre para el hijo esperado. ¿Qué significaba la carcoma del remordimiento? El cumpliría su solemne compromiso: nada de bodas hasta el año próximo... Entre tanto, un poco de sabroso tortolear, sin tener que ocultarse, sin bochorno, sin arrepentimiento diario. ¿Y la comunicación anunciada por Mercedes? ¡Bah! Probablemente ninguna: ardid de una Dido para no soltar del todo á un fementido Eneas...

¡Dulce vivir, fin de verano encantador, con la seductora vulgaridad de su noviazgo lícito! Mercedes solía burlarse de los amoríos que saben á cocido, ridiculizando á las parejitas en espera de la bendición, y Quintín había coreado, sí por cierto, la sátira de su amiga... Tarde, pero á tiempo,

comprendía lo grato de la sosera, el hechizo de lo sencillo y normal, y cómo apaga la sed el agua clara y pura. No estaba enamorado á lo Amadís, ni con fiebre de los sentidos, y ahora reconocía que *eso* es agua amarga y turbia que inficiona la sangre. Los atavismos de Carrillo reaparecían, al solidificarse su ideal con la proximidad de la cuarentena, y se prometía ser de hoy más el hombre social por excelencia, el que sitúa su felicidad del lado del orden, como un convaleciente se sitúa donde más calienta el sol... Lisonjeaba su vanidad viril el temblor de alma de Paulita, á quien convertía de niña en mujer el amor naciente. Vino la indispensable visita al Cristo de Lezo, patrón de los enamorados; y como Quintín susurrase en voz baja al oído de la niña, aludiendo á la superstición popular y riéndose: «Ahora ya es seguro que dentro del año nos casamos», ella, nerviosamente, contestó, cerrando los ojos: «¡Quién sabe! No sé por qué, tengo miedo... ¡El santo Cristo lo haga!»

Quintín se proponía cumplir la palabra, tan so-



lemnemente empeñada á Mercedes, de no casarse antes de Enero; eso solo, y se juzgaba en paz con su ayer; había pagado su deuda. Y además, antes de formalizar nada, necesitaba desenredar asuntos.

— En Febrero volveré — contestó á una directa pregunta de Paulita — y será para no separarnos, naturalmente, hasta morir.

Respiró hondo la muchacha, y con alarde infantil le deslizó algo en el hueco de la mano derecha, cerrándosela después y murmurando:

— No soltar... No mirar hasta estar en casa y solo... — Quintín, cumplida la orden con pasividad gozosa, encontró una medalla de oro de la Virgen, y la colgó entre el llavero y el cortapuros, en que terminaba su cadena de reloj —. «Cuando no me quieras, me la devuelves...»

Carrillo, seguidamente, teñido de rosa el espíritu, contestó muy de cerca:

— No te la devolveré nunca... ¡Habráse visto la chiquilla esta! El que da y luego quita...

* * *

Llegó Quintín á Madrid en una clara mañana de mediados de Octubre; Benito, que había quedado al cuidado de la casa, le esperaba en la estación. A la pregunta sacramental de todo amo que regresa del veraneo, «¿hay algo nuevo?» el criado contestó, en el tonillo de costumbre:

— Ha ido varias veces la siñora de Morans á preguntar cuándo esperaba yo al siñorito... Le dije que no sabía nada... Ayer volvió... Díjele lo mismo... No sé si acerté...

Carrillo se encogió de hombros. Una punzada honda, una inquietud dramática... Desaparecieron cinco ó seis meses de pronto; se difumaron la figura de Paulita, los paseos, las charlas, los planes... Ahí estaba el pasado comiéndose al presente. La comunicación «¡gravísima!» amagaba... Entró en sus habitaciones, agitado; se sentó á almorzar sin miaja de apetito. «Dentro de una semana me vuelvo á San Sebastián...» Al terminar el café, Benito se acercó, diplomático:

— Siñorito... ahí está la Malia... — No comprendía Quintín al pronto —. La Malia, la portera de la siñorita Mercedes... ¿No sabe el siñorito? La siñá Malia...

¡Vaya si sabía! Que pasase...

Hizo irrupción la chula, rozagante, compuesta, con rico mantón de alfombra, peinada por los propios ángeles, luciendo en las manos sortijas, y recoge-abuelos de piedras bajo el moño. Quería no más darle un recado en particular al señor... A una señal, Benito salió, y á las primeras palabras restallantes, categóricas, de la mujer, creyó Quintín que las paredes, el techo, las vigas, la lámpara del comedor, los aparadores, la casa entera se le desplomaban de golpe sobre la nuca, aplastándola. Su boca, desmesuradamente abierta, no podía formar sonidos, pero dentro de su cráneo retumbaba el cañonazo de la noticia:

— ¡Un hijo! ¡Un hijo!

¡Cuitada señorita provinciana, que has hilado con tus manos de hilandera casera, guardadora de los lares, el copo blanco de una dicha inofensiva y noble! De nada te ha servido pedir diariamente al Corazón de Jesús que llevas al cuello, que vuelva pronto el elegido. Tampoco el santo Cristo de Lezo ha cumplido su compromiso tácito: *El*, que une las voluntades y las clava juntas para toda la vida con el luengo clavo de sus divinos pies sangrientos... Pasan días, y después de la postal del camino, no trae el correo nada... Prudente, Paulita no escribe; no es ella de las que acosan al hombre. A las preguntas de los padres, responde vagamente, sin mostrar desasosiego; hace su vida habitual; no tiene un movimiento que no sea natural y acompasado. El correo sigue mudo... La tez de la señorita adquiere el tono de las rosas de té cortadas y no puestas en agua; sus encías blanquean, sus ojos se mustian. «¿Estará enferma?» Ella responde valerosamente: «No, no; estoy buena, no apurarse...» Ha confesado, y el hijo de Loyola aconseja: «Tranquilidad. Si no escribe, si no viene, será que no te convenía. Dios lo hace todo para nuestro bien.» Y la provinciana deja caer el velo sobre los ojos, un poco enrojecidos, requiere el devocionario, reza un instante y se vuelve á su casa. La inquietud persiste. «¿Estará enferma?» La madre, angustiada, consulta al padre. «¡Si nos la llevásemos á París!» El médico diagnostica: «Anemia... Ejercicio, distracción, dormir, comer carne y huevos...» Una tarde el padre, que leía un periódico, se lo tiende silenciosamente á la madre, señalando con el dedo unas líneas... El cronista de sociedad parece que da la noticia cohibido, sin ditirambos: «Ayer unieron su suerte, en la capilla del palacio episcopal, la señora viuda de Morans y el distinguido ingeniero don Quintín Carrillo de Albornoz. A la boda sólo asistieron personas de la mayor intimidad de los contrayentes. Estos han salido en dirección al extranjero. Les deseamos, etc...» La madre se levanta, corre á esconder bajo llave el diario... Pero el mismo correo que lo trajo, trajo para la señorita un envoltorio certificado, y dentro una medalla de oro de la Virgen... Y de esta vez no ha podido — vencida, desatados los nervios por la anemia — resistir, y la risa del ataque convulsivo, el chillido agudo, espeluznante, atraen á los padres, desolados ya... «Volando, la antihistérica...» El ataque pasa pronto; la señorita se reprime; siente haber sido ridícula, haber dado espectáculo. Recoge la procesión de sus fallidas esperanzas, de sus amores muertos, y manda que sólo por dentro desfile, lenta y doliente, encapuchada de negro, semejante á la de la Soledad... Y hasta se jura á sí misma sanar, volver á ser retozona y aniñada como antes, y se cumple el juramento á la vuelta de dos ó tres años, cuando entra de novicia en las Reparadoras...

* * *

Más de lo que es costumbre se prolongó el viaje de novios de Quintín y Mercedes. Era preciso *escamotear* la edad de la niña y no presentarla sino cuando no se advirtiese el gatuperio. Para la ley, la criatura estaba legitimada «por subsiguiente matrimonio»; para el mundo... Al mundo, á decir verdad, rara vez se le engaña del todo; si le obligan á tragar una muy gorda, se desquita al principio con un recrudecimiento de maledicencia; pero la traga, al fin, alzando los hombros y castañeteando los dedos. ¿Que si nació antes ó después la chica? ¡Bah! Una de las veintisiete cosas que al «mundo» le tienen sin cuidado. Algunas señoras

torcerían el gesto á Mercedes... hasta que se borrase la huella del episodio entre el vórtice de nuevos escándalos y frescas curiosidades. Después de todo, mejor estaba casada que «de la otra manera.» Lo realmente insólito de aquel caso, nadie lo sospechó en el círculo de Mercedes y Quintín. La gente de escalera abajo, en cambio, no dejó de vislumbrar... Señá Malia, con la mejor intención de ser discreta, era de las que se calientan de boca y se disparan. Si no hablaba claro, por lo menos insinuaba mil cosas. La madre y el marido estuvieron pronto «de vuelta»; pero les convenía hacer la vista gorda. La vulpeja de Benito, en diálogos sinuosos con la chula, averiguó más de lo preciso, pero era listo de sobra para pregonar nada. Mercedes, precavida y sagaz, determinó sacar á Malia con toda su gente de Madrid — á pesar de lo prometido —, y se avino la chula á apartarse de «su nena» porque la colocación era una canongía: administrar unas fincas en El Escorial: casa, leña, hortalizas, pingüe sueldo... El ama maragata de la chica, bien recompensada, se había quedado en Astorga; el ama pasiega, tomada en Madrid, esperaría en la frontera con la criatura á los nuevos esposos. Así juzgó Mercedes haber borrado rastros, asegurado el misterio en lo posible. No la preocupaba mucho que se trasluciese la fecha del nacimiento. Temía en cambio — con temor que era ya un castigo — que se descubriese la superchería.

Dieron fondo en Bélgica. Allí tenía Quintín tela cortada; le habían encargado proyectos y presupuestos de empresas industriales, fabricación en gran escala, y quería trabajar, preparar un porvenir á su Quintina, su Tinita, dejarla muy rica y muy dichosa... Porque ha de saberse que somos los humanos superiores á nuestra naturaleza física; que todo eso de *la voz de la sangre*, forma del instinto, es una baja leyenda fisiológica; que los hijos se engendran en nuestra psiquis mejor que en una matriz, y creer ser padre es igual á serlo... Ni un instante dudó Carrillo; nada halló inverosímil; casi no preguntó: ¡tenía una hija! Y desapareció *lo demás*, hasta la dulce sombra de la provinciana... hasta el anhelo de que el vástago fuese varón..., y se puso á adorar al sér que ya le sonreía y que dentro de pocos meses, tan de buena fe como Carrillo decía «mi niña», tartamudearía, gorjeando, «¡mi papá!»

Mercedes, en cambio, había empezado á sufrir desde el mismo día de su victoria. Para analizar el cruel sufrimiento de Mercedes, sería indispensable aislar dos ó tres elementos.

En primer lugar, creyó vengarse, y resultaba que su víctima era... feliz. El sentimiento paternal, desarrollado, dominante, bastaba para llenar y hermosear la existencia de Carrillo. Pendiente de la criatura, embobado con sus tempranas gracias —esas gracias simples de los mamones: decir adiós cerrando el puñito, amenazar con la mano abierta, soplar para apagar una bujía, tirar del pelo, remedar una actitud —. Quintín no salía de su despacho sino para coger á Tina, chillarla, auparla, cantarla mil estribillos de padre baboso. Ninguno de estos extremos locos y bonitos hacía Mercedes; no lograba vencerse y representar la comedia compuesta por ella misma. Y los transportes de Quintín, sus alegrías paternales, avivaban la llama del odio, no extinguida desde el momento fatal de la ruptura.

Así es el odio: cunde más todavía que el amor. Despunta en un alma la vegetación de la ponzoñosa euforbia, y de extremo á extremo la cubre con sus negras ramitas velludas y espinosas y sus flores de gotas de sangre cuajada. No tenía la de Alvarado toda la culpa, si la euforbia la destilaba despacio su jugo dentro del corazón, macerándoselo en hieles. Al que le quitan el amor, ¿qué le dejan? Si no es capaz de indiferencia... el odio, y el odio.

Quintín, después de abandonarla á la hora en que la reparación era posible, no hizo nada, al verse obligado á unirse con ella, para borrar el recuerdo de su falsía y su doblez. No ofende tanto el hecho como el modo... y el modo de dejarla y el de aceptarla nuevamente eran, no una ofensa, un sartal de ofensas. La memoria de los años de pasión, de cordialidad, de buena fe, de intimidad amorosa, agravaba la mortificación presente. Quintín, con su esposa, no era brutal ni grosero — era algo peor: un témpano, un insensible, gastado ya, inerte, no sólo para el deliquio, sino hasta para el cariño fraternal... — ¡Si se supiese cuánto mal engendra el mal de no querer! ¡Extraña luna de miel aquella! Las veces que pudo creer Mercedes que tenía esposo ó amante, fueron clara demostración de que ni amigo tenía. Secas, distraídas, yertas, hostiles las relaciones conyugales, quedaba después de ellas la señora más airada, más dolorida, más indignada, allá en lo recóndito de su tenebroso pensar... «Le perdonaría los agravios de antes... y no puedo perdonarle la manera de acariciarme ahora...» El vacío de su existencia iba colmándose con sentires que, al pronto, la asombraron. La corona de abrojos de su alma tenía espinas de desprecio, de ensañamiento y de ansia de dañar. Se fundaba el desprecio en la ciega y repentina credulidad de Carrillo al abrir los brazos, sin examen, á la criatura que le presentaban; y el deseo de causar daño, mucho daño, un daño horrible — de retorcer, de destruir — en el fracaso de la *vendetta*, á la cual debía Quintín un tesoro inagotable de goces...

Como quiera que el odio no es el olvido; como á veces es pasión gangrenada, entraba también en el sufrir de Mercedes el elemento de los celos. ¡Celos sin amor, sin estimación, compatibles con el aborrecimiento! ¿De quién tenía celos? De todo, de todos: de la olvidada provincianita, pues conocía el episodio veraniego; y, especialmente, de la niña. A cada mimo que Quintín prodigaba á la criatura; á cada palabra tierna que murmuraba, con aquellas inflexiones de voz tan conocidas en otro tiempo, y que le habían pertenecido sólo á ella, á Mercedes, un estremecimiento profundo, convulsivo, agitaba las fibras de la señora. Inventando pretextos le quitaba de los brazos á Tina, ordenando al ama ó á la niñera que la tuviesen por allá, que el señorito necesitaba dedicarse á su trabajo... Y así se estableció la lucha de cada momento, reflejo de la obsesión que empezaba á apoderarse de Mercedes. Separar al *padre* y á la *hija*, alzar entre ellos una valla: que no disfrutase Quintín de las delicias afectivas, saboreadas tan golosamente; que la niña prefiriese á su *madre;* disputársela, absorberla, no soltarla ni un minuto...

Ningún apego sentía Mercedes hacia Tina; más bien la criaturita plebeya la inspiraba indefinible repulsión. No obstante, apenas regresaron, al cabo de dos años, á Madrid, y Tina se soltó á andar y á manejar una lengua de trapos muy ágil y muy donosa — testimonio de su origen chulo —, la señora puso por obra el plan de no cedérsela á Carrillo ni un instante. Se pregunta á veces la gente la razón por qué personas antes muy sociables y aficionadas á entrar y salir, se han recogido de golpe entre cuatro paredes, y no se dejan ver ni de los amigos que más frecuentaban. Se amontonan conjeturas: ¿enfermedad, ruina? Y á menudo no es sino el cultivo intensivo de un sentimiento — amor, odio —; el encarnizamiento de una batalla doméstica cuyo ruido, cuyo polvo, cuyos estragos, desde afuera no se advierten. Descuidó Mercedes hasta su tocado; no pagó visitas; prescindió de diversiones, á trueque de no apartarse de Tina y llevársela en coche por sitios retirados, lejos, lo más lejos posible de Carrillo... «Si logro que la niña me prefiera... él rabiará.» Y vinieron los regalos de juguetes, las coqueterías del traje de Tina, las mil menudencias con las cuales se gana la voluntad á un niño... Quizás, muy escondidamente, dirigía la conducta de Mercedes un anhelo que ni á sí misma se hubiese confesado: el de atraer á Carrillo con el señuelo de la criatura, á su lado, á su intimidad. El misterio de nuestro espíritu es tal, que no descifrамos siempre el móvil verdadero de nuestros actos. Capaces de engañar á todos, nos engañamos á nosotros en primer término. El amor mentirá, y no hay duda que miente con harta frecuencia; pero también miente el odio, y odio y amor, encontrándose en la sombra, truecan sus dardos y los clavan, sin que se averigüe de qué mano fué la herida.

Aborrecía Mercedes al hombre con quien vivía unida en matrimonio; pero la raíz de su aborrecimiento, raíz era de pasión, y de pasión antigua y honda, que había abrasado largamente sus entrañas... y lo que la memoria, lo que el entendimiento olvidasen, las entrañas lo recordaban incesantemente, con dolorosa punzada secreta. El fantasma invisible de lo pasado resurgía, aunque la señora lo rechazase. Creíase Mercedes sinceramente incapaz de perdón; pero ¿quién sabe nunca hasta dónde llega la elasticidad del alma? ¿No es cada alma cifra de lo infinito? La fórmula de la esperanza consiste en creer que nunca es tarde... ¡Si Carrillo hubiese llamado á la puerta, en apariencia de bronce y sin llave, quizás le respondiesen desde lo interior de la tristísima morada, en que se consumía y se devoraba el corazón su infeliz mujer! Lejos de llamar, Carrillo se iba más lejos, más lejos... Entumecido al principio, ahora se entregaba también al sentimiento negro, porque á su vez sufría celosamente, viendo cómo la que creía madre se apoderaba de la niña, ejercitando un derecho imposible de discutir, imposible de coartar... Cuando daba señales de contrariedad y manifestaba el afán de poseer á Tina unos minutos, sentándola en sus rodillas ó sacándola á paseo — ¡el sueño antiguo, el hijo llevado de la mano! — Mercedes se oponía, con frases agrias y desdeñosas: «Mi hija es mía. Bastantes amarguras y sofocos me ha costado. Cuando yo la traje á este mundo, tú te divertías en San Sebastián. El que quiere hijos, que pase tragos por ellos. No te exigí que te casases conmigo. Lo has hecho... porque se te antojó. No te debo consideraciones. ¡Mi hija es mía!» Y Carrillo, de noche, se revolvía desazonado entre las sábanas, cavilando en la conquista de su hija — en la manera de apoderarse de aquel sér por quien había sacrificado el amor naciente y la perspectiva de la paz doméstica. Porque también él, Carrillo, había sacrificado... ¡Era inicuo que no tuviese alguna compensación! ¡No era justo que le tostasen á fuego lento, que le privasen de lo único que amaba!

Al fin, después de dar miles de vueltas, en cientos de noches de insomnio, en que cundieron descaradamente los hilos blancos que antes sólo asomaban á trechos entre su barba, optó por una solución. Si Mercedes no le dejaba llevarse consigo á Tina, Mercedes no podía rehusar la compañía de su marido... Y en casa, en el coche, en los teatros por la tarde, pudo verse á Quintín y Mercedes juntos, y en medio la niña, exageradamente mimada y halagada á porfía por los dos... El mundo (aquel mundo distraído, cuya actitud favorita, como sabemos, es el benévolo encogimiento de hombros) encontró una coyuntura de esforzar el optimismo, y las señoras gordas y candorosas — ¡hay tantas! — se babaron repitiendo á porfía: «Da gusto ver á ese matrimonio

con su nena... Es un cuadro consolador... Todavía quedan familias á la antigua, unidas y cariñosas...»

El infierno entre dos y disputándose á un angelín: así pudiera definirse el hogar de Carrillo... Nada salpicaba al exterior de aquel amargo oleaje; casi no había regaños ni frases pinchonas; todo estaba en la actitud, en el gesto, en la inflexión de la voz... ¡y era sobrado! El suplicio del alfilerazo fué el martirio que por entonces agotó Carrillo, sin que quedase en su cuerpo un milímetro de piel donde el alfiler no se hincase, sacando su gotita castaña, su menudo rocío de sangre frita. Había alfileres hasta en los ojos de Mercedes, los ojos que antaño eran todos luz pasional, fluido viviente de atracción... Un movimiento, un alzar de cejas, un codazo, clavaban — ¡pic! — el alfiler, no sólo en la epidermis, más adentro... Quintín no andaba á dos dedos de volverse loco. La hipótesis de arrojar á Mercedes por un balcón — descabellada hipótesis, de la cual se mofaba de día — obsesionaba su cerebro todas las noches.

— Cuándo me veré libre de... — Y se detenía, y empezaba á devanar la madeja del remordimiento —. ¡Es su madre! ¡Y es una mujer á quien abandoné en condiciones...!

Faltábale á Quintín añadir, arrepentido, que el mal engendra, como todos los séres, á su semejante, y que la mentira atrae la venganza...

Sin embargo, la actitud resignada y algo contrita de Carrillo dió sus frutos. En la reñida lucha de sus supuestos padres por apoderarse de su corazoncito, Tina, generosa y compasiva por transmisión hereditaria de su madre verdadera, la vehemente chulapa, dió en inclinarse al «pobe papá, que está siempre tan callado y tan tiste.» Las preferencias de los niños poco tiempo están ocultas. Se demuestran con la espontaneidad y la vivacidad propia de todas sus acciones. En el modo de echarle los brazos al cuello la criatura; en la zalamería del beso, gorjeado con el estribillo de «papaíto... papaíto... riquín...»; en la tenacidad de ofrecerle sus juguetes, «para que te diviertas mucho, ¿eh? Para que te rías, prr; así, así», hinchando las mejillas, y apretando la boca, y espurriando la carcajada al repetirlo, Quintín conoció su triunfo... En voz bajísima se atrevió á susurrar al oído de la niña, cogiendo las vueltas á Mercedes:

— ¿A quién quieres tú más, gloria, á mamá ó á mí?

Y el pecho le palpitaba anhelante esperando la respuesta, y saltó de júbilo y enajenamiento al oir la vocecilla fresca, apagada por precoz disimulo, afirmando:

— A tí, á ti... Que no lo sepan, ¿eh?... Es á ti, riquín... guapo...

Guardó Carrillo su delicioso secreto... Pero, ¿hay modo de ocultar nada á la inquisición perenne de una mujer que persigue una venganza segura y silenciosa? Reparando en la satisfacción mal encubierta de Carrillo, Mercedes adoptó otra táctica. Fué mostrando á la niña primero desvío, luego un género de malquerencia, una severidad áspera, no de madre educadora, sino de madrastra en acecho...

Una noche Carrillo pidió encarecidamente á la doncella francesa que Mercedes tenía al cuidado de Tina, el favor de ser él quien sirviese á la pequeña el chocolate y el par de huevos pasados que constituían su cena. Soñaba Quintín con este placer desde hacía dos semanas. ¡Había envidiado tanto á Mercedes el privilegio! Puesto que ahora recaía en la criada, se atrevería el padre...

Ante la mesa redonda, ya cubierta por pulcro mantel de granillo orlado de guipur, se hallaba sentada Tina; Quintín, á su lado, cortaba tiritas de pan que remojar en la yema. Empezó por atar bajo la barbita el babero, con su rótulo bordado: *Sois sage*. Después, al traer *Palmyre* los huevos, muy arropados en una servilleta para que no se enfriasen, Quintín los puso en la doble huevera y los cascó limpiamente, revolviendo la yema y mojando el pan... Tina abría la boca riendo y piaba como un pollito:

— Bevo á mí... bevo á mí.

Embelesado, servíala Quintín con ademanes de adoración. La miraba morder, tragar el bocado, y hubiese querido darle el jugo de sus venas, lo

mejor de sí mismo... Reía puerilmente á su vez, y suplicaba de un modo cómico:

— Déjame un poquirritín, nena. Yo también tengo hambre...

Y la doncella, prestándose al juego, ayudaba:

— *Vois tu, papa a très faim... Voyons! mignonne...! Pauvre papa, faut lui laisser un tout petit morceau...*

Pero la chiquilla se hacía la sorda y engullía glotonamente. Devoró los huevos; el chocolate, espumoso y fino, aromatizado de vainilla, venía ya en su bandeja, flanqueado de tostadas y bizcochos. Tina, casi saciada, mojó un bizcocho ella misma y lo tendió á la boca de Carrillo, esgrimiéndolo con tal acierto, que le dibujó varios jeroglíficos marrón en la mejilla y frente, mientras chillaba:

— Topolate pa ti... Pa ti...

Ahogándose de risa, Quintín afectaba relamerse, aunque fuesen sus labios la única facción de la cara que no había probado el chocolate. «¡Máam, qué rico!» Y era un concierto de carcajadas, porque también la francesa, en falsete, celebraba la ocurrencia... «¡Très drôle!» La puerta del comedor se abrió; apareció en ella Mercedes. Avanzó silenciosa, mirando fijamente á su marido, á Tina, á la doncella.

— Puede usted retirarse, *Palmyre*...

La muchacha bajó los ojos y salió. Carrillo sentía frío en las palmas de las manos, y se puso delante de la niña, como para protegerla. La de Alvarado le desvió, apoyándole el dedo índice en el hombro.

— Ve á limpiarte ese tatuaje, estás ridículo; pareces un comparsa de Apolo en *El dúo de la Africana*.

Cobardemente, Carrillo retrocedió... sin irse. Y vió, como en una pesadilla, arremangadas las falditas de la nena, descubierto su blanco nalgar, y la mano de Mercedes que caía abierta y claqueaba dos ó tres veces, al paso que su voz, sin eco, blanca de ira, profería entre los dientes apretados:

— Para que aprendas á hacer cochinadas.

Los niños azotados no lloran al primer azoteo. Si son criaturas felices, no maltratadas nunca, las sobrecoge tanto la dureza (más que el dolor), que enmudecen. Sólo á la nalgada tercera rompió Tina en un llanto corto, de hipo, de profunda angustia. Y Carrillo, pálido, echando fuego por los ojos, detuvo en el aire el brazo de su mujer.

— No la pegues... No la pegues... No volveré á darla su cena... No tengas cuidado... Pero no la hagas daño... Ten compasión, Mercedes... No puedo ver esto... Es nuestra niña... ¡Acuérdate de que es nuestra niña!

No contestó la señora. Arrojó una mirada indefinible á su compañero; volvió las espaldas... y, ya en su habitación, se echó sobre la cama y rompió en desesperados sollozos... ¡Su niña! No, su venganza... Eso era la criatura, y si no servía para eso, más valía enviarla allá, al Escorial, con los que la habían engendrado y con sus hermanitos legítimos, á jugar entre el barro y las ortigas del camino real, calzada de lona y con las greñas amarradas por un bramante... Ser cruel con la niña, era un modo de dar tortura á Carrillo...

No obstante, desagradaba á Mercedes el papel de atormentadora, y después de los azotes, se sintió á mal consigo misma. ¡Adónde la conducían el desamor y la falsedad de Quintín! Le echaba la culpa; por un sofisma ingenioso, hacíale responsable del horrible drama moral que se desarrollaba en su espíritu, enturbiado y disuelto por la desesperanza. No era fácil, tampoco, aunque de ello se sintiera capaz, que Mercedes estableciese como sistema martirizar á Tina; desde lejos, señá Malia velaba por su prole. Casi todos los meses se encaminaba á Madrid, á pretexto de traer regalos de frutas ó roscos, de dar cuenta de algún suceso doméstico, de consultas, y sus ojos brillaban, y sus labios se humedecían, babosos, al encontrarse á la niña en el pasillo ó en el gabinete de la señora.

— ¡Andá!

¡Cómo ha crecido la muñeca! ¡Qué bonita que va á ser! Es una bendición... ¿Me das un beso, rica?

Y con tono enigmático, con dejo irónico, ordenaba la de Alvarado:

— Tina, nena... Besa á Malia. Bésala muy fuerte... ¡Aprieta... Así!

No cruzaba por la imaginación de la chula deplorar lo hecho: bien estaban las cosas; ellos *allá* mejor que querían, y lo que es hijos no habían de faltarla; como que ya uno más, desde Navidades, anunciaba con pataditas su intento de presentarse en el mundo... No; Malia se felicitaba de lo ocurrido; pero si ella sospechase que á la nena la maltrataban tanto así... ¡ah, entonces! Una cosa es una cosa y otra es otra... y el vigilante corazón leonino de la intrépida chulapa, aquel corazón que ocupaba todo el cuerpo, no estaba forjado para tolerar por interés iniquidad semejante...

Así, desde lejos, una fuerza natural, el amor de la madre, velaba por la inocente criatura.

Natural era también —aunque criminal, y acaso más natural por eso precisamente — la fuerza que poco á poco iba generando en el espíritu enfermo de Mercedes el odio á Tina, retoño del odio á Quintín. Aun sin maltratar á la niña, la rechazaba, y comprobaba á cada instante que la aborrecía de un modo incoercible. Puede haber cariño en una botetada y odio en una caricia. Para decir claramente que odiaba á la pequeña, sobrábale á Mercedes con un gesto, un fruncimiento de boca y una lumbre de ojos, una nerviosidad de la mano al abrochar un botón, un hielo de los labios negándose al beso. Tenía entonces la niña, oficialmente, cuatro años, en realidad cinco; estaba en esa edad, límbica aun por muchos estilos, pero en que empieza á formarse la conciencia sentimental—y aunque sólo fuese por comparación con las adoraciones fanáticas de Carrillo, había de notar el hostil desvío de Mercedes; porque la señora de Alvarado, detestándola, no se separaba de ella; no quería permitir que Quintín poseyese libremente á su chiquilla — y ésta, temerosa ya, cohibida por el ambiente enemigo que la rodeaba, se entristecía, sentada horas enteras, silenciosa.

— Mamá no me quiere, papaíto — secreteó un día al oído de Quintín. — Yo quería que tú me llevases á la talle. Pero tú, tú nada más.

La confidencia, aunque nada nuevo dijera á Quintín, exaltó, si cabe, su delirante paternidad, dándole carácter de empresa heroica: la salvación de una víctima. Además, acabó de separarle para siempre de Mercedes. Sin ruido, sin escándalo, se consumó el divorcio de aquellos dos séres que tanto se atrajeron un día. Continuaban viviendo juntos, pero en su lenguaje interior (no hay nadie que no posea ese lenguaje, especie de *argot* psicológico), Quintín llamaba á Mercedes *la madrastra* y Mercedes á Quintín *el imbécil*. Agotaban la copa de ajenjo del desprecio; se embriagaban de aspiraciones á todo género de maldades; llevaban á Satanás — el que no puede amar — dentro, abrasando y envenenando sus venas.

* * *

Empezó Quintín á desear la muerte de Mercedes con un motivo pueril... Quizás la desease antes, sin saberlo, como había deseado, ¡oh ironía!, la del brigadier Morans... Fué el caso que, al fijarse la fisonomía de Tina, comenzaron los servidores — en primer término el socarrón de Benito, hipócrita y ladino por excelencia — á exclamar que la pequeña era «toda la cara del señor». Como regocijase tanto á Carrillo esta bobería, desde *Palmyre* hasta la pinche fregona, el cochero y el lacayo, el carbonero y la lavandera, á coro, aduladores, la repitieron. Y Quintín, comiéndose con los ojos á la niña, buscando ¡y encontrando! en su carita la supuesta semejanza, disfrutaba una fruición inexplicable... ¡No se parecía á Mercedes! ¡Se parecía á él!... Acertó á cruzar la de Alvarado por la antesala en ocasión que la niñera, juntando las manos de admiración ante la niña, vestida para salir y alzada en brazos de Quintín, balbuceaba:

— ¡Si es el señor escupido!

Y Mercedes, arrojando una ojeada de incomparable desdén al grupo, soltó una risa insultante, una risa feroz, repitiendo:

— ¡Escupido! ¡Escupidito!...

Carrillo saltó... Un impulso violento le lanzaba hacia aquella mujer, impulso que no era dueño de dominar... La hubiese pateado. Por la noche, en el trajín del desvelo, imágenes importunas le asediaban. Se veía viudo, venturoso, dueño de entregarse á su dicha paternal... ¡El único obstáculo era Mercedes!...

A su vez, la señora soñaba con la muerte, ¡la muerte que consuma las venganzas, grabando en ellas la impronta de lo irreparable! Cuando se desvanece la idea del amor en almas semejantes á la de Mercedes, donde hay mucha resaca de pasiones y, como en el mar, el equinoccio de otoño desencadena tempestades, surge de un modo infalible esa otra idea, hermana de la amorosa... «¡Si muriese la niña, ¡qué pena para Quintín!» Un estremecimiento de todo el sér de Mercedes fué la protesta de lo que aun había en él de noble, al cerciorarse de que ansiaba la desaparición del angelito, mezclado sin culpa y por la casualidad en un drama moral tan espantoso... No sería verdad decir que no intentó rechazarla; pero, á la segunda noche de vigilia febril, la acariciaba ya... ¡Un niño muere tan fácilmente! ¡Hay tantas enfermedades que atacan en especial á los chiquillos! Que resbalase en una escalera; que *Palmyre* la dejase sentada en el alféizar de la ventana mientras buscaba una prenda de ropa... que la chiquilla se inclinase una miaja y la cabeza la pesase más que el cuerpo... ¡Tanta contingencia!... Después de todo, ¿no es un bien muy grande morirse de niño? ¿No se ahorran amarguras á montones? Tina crecería, amaría, pondría en un hombre toda la idealidad de su espíritu, todo el calor de su sangre, todo el fuego de sus sentires... y una tarde el hombre entraría en su cuarto, pletórico de mentira, á mascullar: «Tengo treinta y ocho años y salgo á un viaje... Escribiré...» ¡Cuánto más hubiese valido para Mercedes no convalecer del ataque meníngeo que padeció en la infancia...!

¡La meningitis! Su nombre, aterrador para las madres, brilló con infernal claridad en el pensamiento de Mercedes... Las chiquillas listas, precoces, suelen padecer este mal... Y Tina, á fuer de niña única, zarandeada y estimulada por todos, tenía salidas, parecía lista como una pimienta... ¡Fácil era que!... Un sudor frío en las sienes de

Mercedes respondía á la plástica previsión con que se le representaba la tristísima imagen... Se incorporaba en la cama; daba luz eléctrica; castañeteando los dientes, saltaba á la alfombra, y, arropada en su bata de franela, se agazapaba en la meridiana, metiéndose los puños por las mejillas. Temblona de pulso, se escanciaba agua del servicio colocado sobre la mesa de noche; mezclaba en ella unas gotas de azahar y paseaba la mirada por el dormitorio. Era el mismo que había ocupado siempre, desde el principio de sus amoríos con Quintín; no había un pliegue de cortina, un ángulo de mueble, un dibujo de la tela que vestía sus paredes que no estuviesen para ella embebidos de pasado, palpitantes de las perdidas dichas de ayer... Y aquello que pudiera ser dulce y melancólico, era acerbo, era un latigazo para su furia...

— Le he engañado, pero al engañarle he dado á su vida un objeto, he iluminado su alma con la luz del querer... El es más feliz que yo; vaya, ¡mil veces más feliz! Se cree padre, mientras yo sé que soy una impostora, y esa chiquilla, la hija del arroyo... Mientras viva Tinita, él vivirá contento... ¡Tinita debe morir!... Es indispensable; no resta ya otro medio de venganza... Debe morir...

Desde la voluntad que sentencia hasta la voluntad que busca la manera de ejecutar lo sentenciado, hay todavía incalculable distancia... Atroz es pensar ciertas cosas, pero de seguro tal atrocidad no es caso raro, ni mucho menos; y si se pudiera alzar la tapa de los cráneos como Asmodeo alzaba los tejados, veríamos el secreto anhelo con que el interés suprime mentalmente lo que le estorba. La transición de esta obscura y miserable ansia, al *acto*, es ya menos frecuente dentro de nuestra civilización con base humanitaria... Nos reímos al oir que tal subalterno está deseando que el diablo se lleve á su jefe, que tal sobrino abrazaría al médico si despachase á la eternidad á su tío... y no tendríamos palabras bastantes de reprobación cuando el subalterno, el sobrino, el impaciente — cualquiera que sea — de enmendarle la plana al destino, lo hiciesen con el revólver, el láudano ó el puñal... Por dentro, es distinto. El alma esgrime aquel puñal que vió en el aire Macbeth, asido por mano invisible. El alma asesina, la mano respeta.

Si lo más verdadero de nosotros mismos es lo interno, lo que permanece oculto... ¡cuánto criminal vive y muere, para el mundo, dentro de los límites de la rectitud y la honradez!

Como tantas y tantos, Mercedes *quería*... lo que nunca se hubiese determinado á *realizar*. Ni aun de dejar abierta una ventana, en una noche cruda de invierno, para que Tina cogiese una bronquitis; ni aun de asestar ese género de invisible puñalada se sentía capaz. Altas vallas se alzaban entre la voluntad — definitiva, categórica —, de que Tinita se fuese en una caja blanca enguatada de raso, y el gesto rápido que podría transformar la aspiración en hecho. Lo triste para Mercedes era que no la contuviesen ni la virtud, ni la bondad, ni el reconocimiento de una ley superior á nuestras pasiones, ni la diestra suave y forzuda de Cristo, que agarra por el borde de la túnica, ante el precipicio, á los que creen... La detenía *algo* sin forma ni nombre: una pasividad fatal, una convicción de que *no era posible*; de que *ella no haría eso*, y no lo haría, como no hacemos las cosas superiores á nuestras fuerzas: descolgar una estrella ó desgajar una roca enorme... Y allá en lo recóndito, la voz maldita, repitiendo:

— Tina ha de morir... No hay otra venganza...

* * *

Fué una mañana, al despertarse — ¡quién sabe si durante el sueño! — cuando la de Alvarado encontró la solución. Mataría á la niña, ya lo creo... ¡La mataría! Sin palo ni piedra. Sin crimen... ¿Era concebible que no se le hubiese ocurrido antes? ¡Una cosa tan obvia, tan fácil, tan lógica! Se levantó, anduvo agitada por el cuarto, y, sin testigos, prorrumpió Mercedes en amarga carcajada,

se frotó las manos y dió con el pie en el suelo en testimonio de resolución inquebrantable. De esta vez, Carrillo se quedaría sin hija... y con esposa. ¡Encadenado por toda su vida á la roca del buitre, frente á frente con la que ya podía llamar su mortal enemiga, y privado del consuelo y del placer de la paternidad! Todo conseguido por el más eficaz y natural de los medios, infalible, pronto, seguro: ¡el complemento de la venganza! ¡Ah! Respiró ampliamente la señora... Se bañó, se peinó, se vistió, no sin refinamiento de coquetería, y con fulgor en los ojos y el triunfo escrito en la cara, se dirigió al despacho de su marido, donde entró sin llamar ni preguntar.

Era el bronco gabinete de estudio del hombre para quien la ciencia es un instrumento de trabajo, no recreo y manía de algunas horas. Abandonado moralmente Quintín por su mujer, veía depositarse el polvo en capas grises sobre las pilas de libros y los cuadernos empedrados de números, sin preocuparse, ajeno á la elegancia y aun á la limpieza, absorto en más apremiantes cuidados. Sólo Benito—aunque pasado con armas y bagajes al partido de la *siñorita*, que era, sin género de duda, más larga que el *siñorito* — paseaba de vez en cuando un negligente plumero y una lánguida escoba por la habitación. «Enfádase si le revuelven sus papelochos» — decía en la cocina, para disculparse. A tiempo que empujó la puerta Mercedes, Carrillo trabajaba; tenía extendidos por el ancha mesa planos, hojas enormes, mapas y volúmenes abiertos. Alzó la frente y no ocultó un involuntario esguince de mal humor y desagrado: el gesto que se hace al ver á los que no amamos y nos interrumpen. Mercedes sintió hincarse en su alma la resolución, como un cuchillo. «Veremos qué mohín vas á hacer dentro de un cuarto de hora.» Paladeando su sensación perversa, miró cara á cara, en actitud de reto, á Quintín, cuya frente cruzó una arruga al advertir que su mujer, tomando una silla, se sentaba frente á él, del otro lado del vasto tablero.

—¿Ocurre algo?—interrogó de mal talante, dejando el lápiz y apoyando el codo en los papeles.

— Ocurre... sí; ocurre que vuelvo á tener que hacerte una comunicación..., ¿te acuerdas?, tan considerable, por lo menos, como aquella que te anuncié, ¿sabes?, el día en que tú me notificaste el rompimiento de relaciones... ¿Se te ha olvidado ya? Pero, ¡qué desmemoriado eres, Quintín *mío!* Vamos, un esfuerzo... El 15 de Marzo de...

Quintín la remiró, con desabrimiento y melancolía. Ella le miraba igualmente. El sol, entrando de soslayo por la ventana, iluminaba su tez infiltrada de bilis, las relucientes canas de su barba, que trepaban ya á la sien, y el tul polvoriento sobre los libros y la escribanía de bronce.

— Bien, el 15 de Marzo..., acaba; tengo un trabajo urgente y deseo adelantar...

— Calma..., paciencia, como tú me dijiste entonces... El 15 de Marzo supimos los dos que habían fusilado á Morans, allá donde andaba guerreando... Tú lo sabías. No, no lo niegues, porque me consta que lo sabías al venir á mi casa...

Carrillo se estremeció; acababa de asaltarle una esperanza loca, fantástica, de melodrama.

— ¿Ha resucitado tu marido? ¿Era falsa la noticia?

Mercedes le fulminó una ojeada tremenda y se encogió de hombros, riendo mofadoramente.

— ¿Te has vuelto loco? No, no ha resucitado... Somos esposos ante Dios, la ley, los hombres... ¡Ante todo lo que se puede ser esposos!...

— ¿Entonces?... Te agradecería que terminases...

— Sí, pronto será... Decíamos que sabías perfectamente que yo era viuda..., y me lo callaste, y me anunciaste, con circunloquios, que *lo nuestro* se acababa... Un cariño de diez años, una amiga que sólo vivió para ti, no te merecieron más... ¡Ni lealtad, ni respeto siquiera!... Me llamabas en confianza tu mujer... ¿te acuerdas?, ¡y al saber que podía serlo, te faltó tiempo para abandonarme!

— ¿A qué viene ahora, hija...? — El acento era de cansancio y de repulsión.

— ¡Viene!... Ya, ya verás á lo que viene... Te fuiste, te arreglaste allá en San Sebastián con una mujer...

— ¡Con una señorita! — El enojo empurpuró las mejillas amarillentas de Quintín.

— Con lo que fuese... Pensabas casarte..., cuando te avisé de que tenías una hija...

— ¿Me estás contando eso? No merecía la pena, un día en que me urge tanto la labor...

Se gozó breves momentos ella en calcular, en pregustar el efecto de la enormidad que retumbaría entre aquellas paredes revestidas de estantes, asordadas por los librotes aburridos, en fila, mostrando sus lomos, con rótulos franceses y británicos... «A matar á Tinita», repetía mentalmente; «á matarla en este corazón que fué mío y del cual inicua, arteramente, se me ha despojado...» Alzó la mano, hizo un ademán que significó «aguarda, prepárate...» y articuló, lentamente, destacando las palabras, y luego, revolviéndolas en la herida, después del primer golpe:

— Yo me propuse que no te burlases de mí... Es duro que se burlen de uno, que le estrangulen y se queden riendo... ¡No he nacido para dejarme burlar impunemente! El amor antiguo se me convirtió en... otra cosa... Todo era lícito contra ti: si no me hubieses ocultado la muerte de Morans, creo que hasta te perdonaría; el engaño es lo que no tiene excusa. Mira, se me ocurrió mientras todavía estábamos platicando, tú en el sillón, yo en el sofá, y tú desviándote con mucho recato, para no rozarme la mano siquiera. ¡Recato!... ¡Puah! ¡Qué miserables sois!

— Bueno, ¿y qué?... — Carrillo, nervioso, rompió entre los dedos el lápiz.

— Que preparé mi desquite, tu castigo, con suma habilidad. ¡Oh! Nadie sabe de lo que es capaz, hasta que le escupen á la cara y le parten el alma... Si seis meses antes me hubiesen dicho que haría lo que hice, contesto que no, que nunca. ¡Pues lo hice, y con un arte! He atado todos los cabos, he puesto de mi parte á la ley, he enredado la maraña, de suerte que ni el diablo la desenreda... Para la ley, Tina es tu hija...

Con brinco automático, Carrillo se levantó del sillón giratorio, pegando un puñetazo sobre la mesa. Su cara ponía miedo. Tal estaba de desencajado y mortal.

— ¡Tina! — repitió — ¡Tina! — Y no acertaba á proferir otras sílabas; y aun éstas salían roncas, sin eco.

— Tina, sí — remedó Mercedes desafiándole con bárbaro goce —. ¡Ah! Lo he hecho al primor... Difícilmente probarán nada en contrario... Legalmente, es tuya y es mía esa chica, y no de sus padres, de señá Malia la portera y el borrachón de su marido... Ahí tienes: tu merecido te di. A engaño, engaño y medio. ¡Cómo me he complacido, al verte tan crédulo, tan necio, tan prendado de la niña! Si me hubieses demostrado algún afecto, Quintín... sentiría lástima, hasta vergüenza de mi embuste... Sí, vergüenza; y trataría de endulzarte la vida, en tu hogar... Reconocerás que no te debí sino frialdad, antipatía... Hiciste bien; así me divertí contigo, con el fantoche ridículo que se cree padre y que no tiene ni un momento de lucidez. ¡Vamos; sí á ti sería pecado no engañarte!

Había vuelto Carrillo á caer en el sillón, escondiendo entre las manos la cabeza... Mercedes permanecía en pie, satánica, vencedora. Sólo se oía el resuello angustioso de la víctima, y allá, á lo lejos, en la calle, las voces acanalladas y recias de un piano de manubrio, atronando los ámbitos al repetir por centésima vez la cancamurria de unos cuplés salpimentados. De pronto, en el pasillo, sonó algo menos armonioso que el piano todavía: un acordeón de juguete, medio afónico, y en manos inexpertas. Gritos y gorjeos acompañaban al desacorde ruido; y de una garganta fresca, viva, límpida, salió este galimatías, pasando al través de la puerta cerrada:

— Papaíto... Atitoy... Te oy senata... Senata, pa que te duemas... — Y el instrumento músico, si cabe llamarle así, estiró y apresuró su flin-flan...

Carrillo apartó de la cara las manos, se alzó y se arrojó sobre Mercedes. Con fuerza de insensato la apretó el brazo, impulsándola á salir de la habitación. La de Alvarado temió por su vida: Quintín parecía un demente. Siempre empujando, arrollando á la niña, llegó con su mujer á la antesala, á la puerta de la calle. Corrió el pestillo y precipitó á Mercedes al descanso de la escalera, donde cayó arrodillada, tan asustada, que no dió un grito. Quintín sí que gritó, vertiendo en el clamor su espíritu, recobrada la palabra al fin:

— ¡Fuera de aquí, so embustera! ¡Largo! ¡A mentir fuera de aquí!

Cerró de golpe, y llamando á Tina, tomándola en brazos, la cubrió de hambrientos besos.

La condesa de Pardo Bazán

FIN

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. No se devuelven los originales. El papel empleado en esta revista es de La Papelera Española. Fotograbados de Durá y Compañía. Imprenta de José Blass y Cía., San Mateo 1. Madrid.

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

LA DICHA HUMILDE

Novela de J. ORTIZ DE PINEDO

HUNYADI JÁNOS

NIÑOS ADULTOS ANCIANOS

LA MEJOR AGUA PURGANTE NATURAL

De venta en todas las buenas droguerías y farmacias de España al precio de pesetas 1,20 la botella de tres cuartos de litro.

La biblioteca más barata del mundo

Próximamente:

Colección Fígaro

Elegantísimos volúmenes impresos en grueso y excelente papel y con preciosas cubiertas en cinco colores, á

:: 50 céntimos ::

Colaboración de los mejores autores nacionales y extranjeros

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ, MONTERA, núm. 22

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA
Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, 1 duplicado.

PÉREZ MOLINA Último „chic" en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.
▪ ▪ ▪ ▪ CARRERA DE SAN JERÓNIMO 28 ▪ ▪ ▪ ▪

SENOS

desarollados, reconstituidos, hermoseados, fortificados en dos meses con las

PILULES ORIENTALES
del Dr RATIÉ

El único producto que asegura el desarollo y la firmeza del pecho, sin perjudicar la salud.
Aprobadas por celebridades médicas.
Un frasco se remite por correo, enviando 7.50 pesetas en libranzas o sellos á Cebrian y C.ª, Puerta Ferrisa, 1 Barcelona.
De venta en Madrid: Farm: Gatoso, Arenal

EN EL ACTO: Retratos para **KILOMÉTRICOS**
SEGURA, Fotógrafo - 4 Puerta del Sol 4

DOLOR DE CABEZA, NEURALGIAS Y JAQUECAS, desaparecen en cinco minutos con la HEMICRANINA DEL DOCTOR M. CALDEIRO
TRES PESETAS, Arenal, núm. 15, y Farmacias, Madrid.

GARCÍA MOYA (SASTRE)
Barquillo, núm. 8 triplicado.
GÉNEROS INGLESES Y DEL PAÍS

SOLDEVILLA Casa especial para estampaciones y dorados; confección de tapas para obras ilustradas; encuadernaciones de lujo y económicas.
CALLE DE ISABEL LA CATÓLICA, NÚM. 21

Lea usted LA HORA TRÁGICA
Novela de ALBERTO INSÚA :-: Precio: TRES PESETAS

EL ÁGUILA

PRECIADOS 3 MADRID PRECIADOS 3

ROPAS HECHAS para caballero y niño, confeccionadas con arreglo á las exigencias del figurín de cada temporada.

Camisería, Géneros de punto, Corbatería, Sombrerería, Zapatería, Mantería, Bisutería, Bastones, Paraguas y artículos para viaje.

Precio fijo **Teléfono 661**

SUCURSALES:

Barcelona	**Valencia**	**Sevilla**
Plaza Real, núm. 13	Paz, letra E	Sierpes, núm. 72
Málaga	**Valladolid**	**Cádiz**
Granada, núm. 63	Santiago, núm. 57	San Francisco, 25
Bilbao	**Zaragoza**	**Santander**
Estación, núm. 5	Independencia, núm. 1	Isabel II, núm. 2

Imprenta Artística de José Blass y Cía.
Calle de San Mateo, núm. 1 - Madrid.